

SELECTA



REVISTA MENSUAL

MARZO

AÑO II-N.º 12

1 PESO



PAISAJE

CUADRO DE DAUBIGNY

SUMARIO

	Pags.		Pags.
TEXTO			
Hechos y notas, Luis Orrego Luco.....	456	Gitana y andaluza, cuadro de Zuloaga....	457
Las obras maestra de la pintura.....	458	<i>Paisaje chileno</i> (trícromía) <i>Alfredo Helsby</i>	461
María Pía de Saboya y Aurelia de Orleans, Ester Prieto de De- llorto	460	El pensador, escultura de Rodin.....	464
Diálogo con una estatua, Carlos Silva Vildósola.....L...	463	La trilla, cuadro de L. Simón.....	465
El secreto ...L.....	466	INSERCION	
Las blancuras sagradas, Miguel Luis Rocuant.....	467	<i>Retrato de una joven, cuadro de J. M. Nattier.</i> (En venta en la casa de remates de don Ramón Eyzaguirre).....	
Resurrección de una obra maestra.....	471	Rubens, retrato pintado por él mismo á la edad de 60 años....	470
Breviario de una vida honorable, A. Borquez Solar.....	476	Los regalones, cuadro de Arturo J. Elsleey.....	475
Conversando sobre arte, Richon Brunet.....	482	La lección de música, cuadro de Laueret.....	477
El ídolo, Wini.....	484	Margarita, cuadro de Gaston la Touche.....	478
Cosas vividas, Toreign.....	486	El abanderado, cuadro de Rembrandt.....	481
GRABADOS		<i>Crisantemos</i> , (página artística).....	480
La virtuosa, cuadro de John Guileh.....	455		

SELECTA

REVISTA MENSUAL, LITERARIA Y ARTISTICA

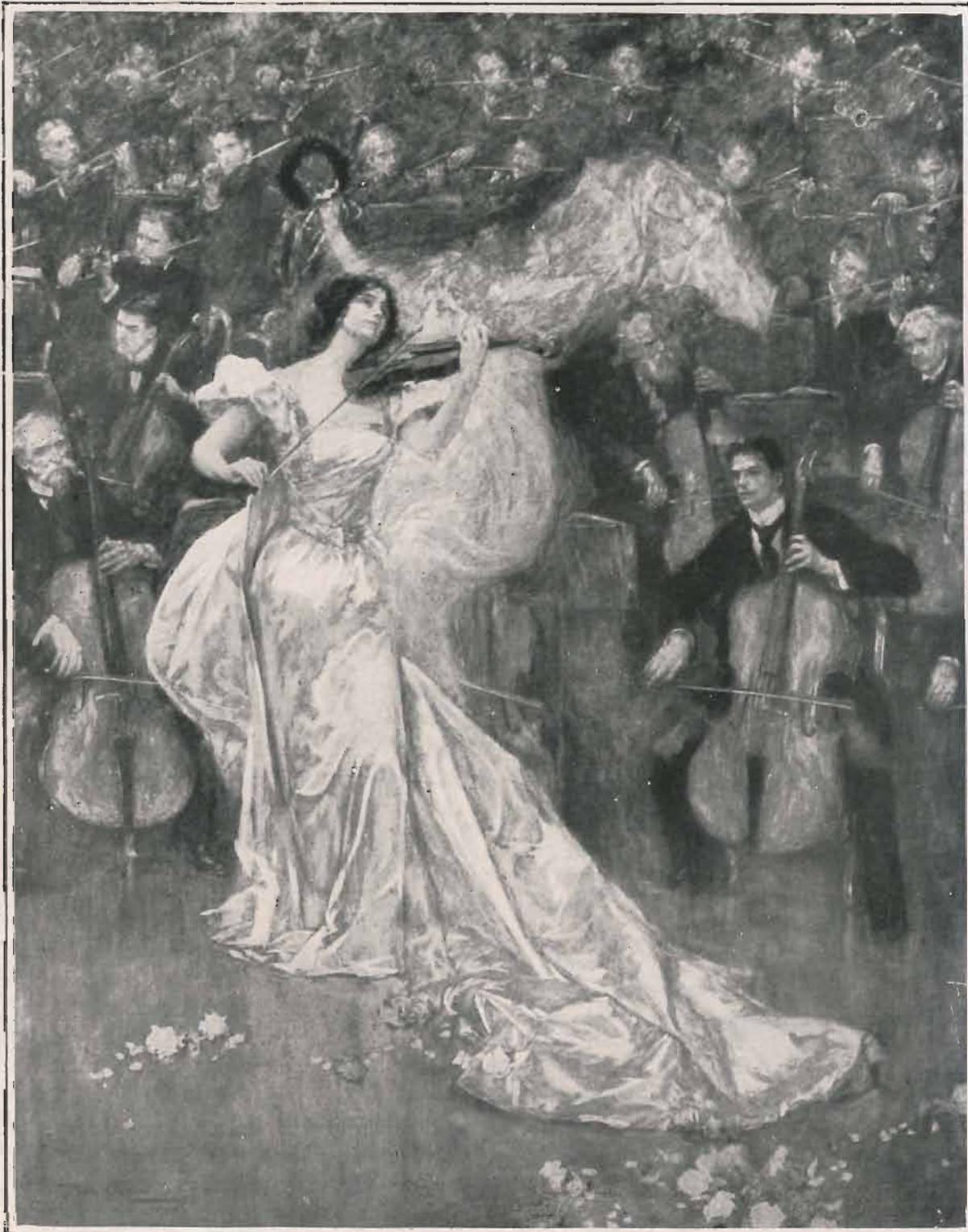
Año II
Número 12

EDITORES PROPIETARIOS
EMPRESA ZIG-ZAG

Santiago de Chile, Marzo de 1911

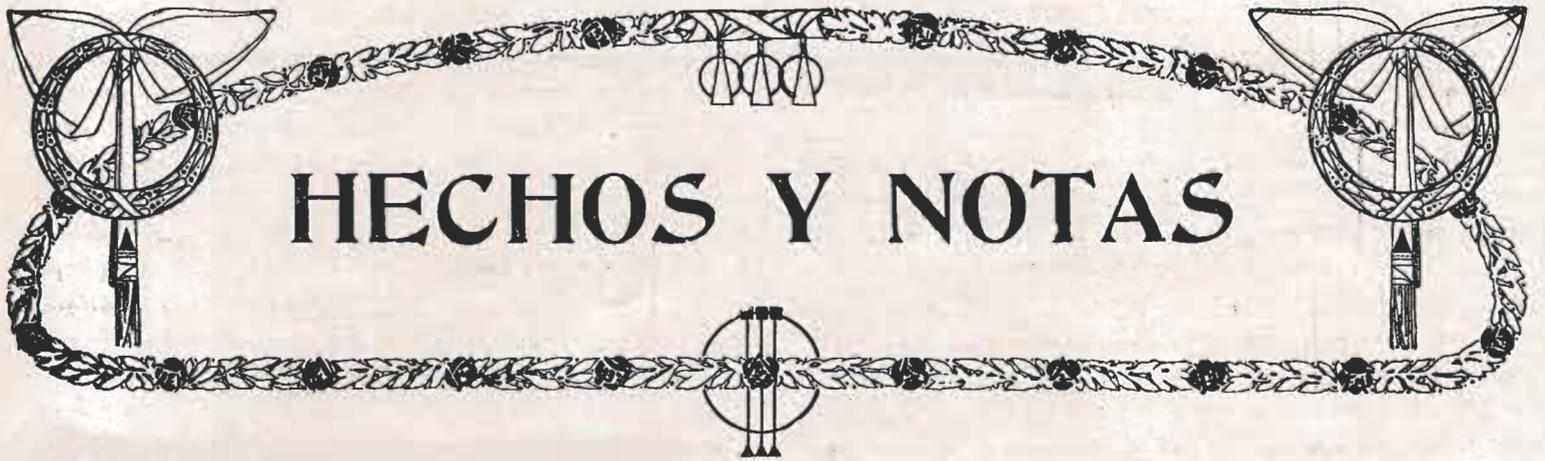
DIRECCION
TEATINOS 666

Precio:
UN PESO



LA VIRTUOSA

CUADRO DE JOHN GULICH



HECHOS Y NOTAS



A estación de verano había lanzado los habitantes de las grandes ciudades á los campos y á las playas en busca de aires nuevos, de alivio para el espíritu y para el cuerpo. La vida de ciudades tiene la exigencia imprescindible del verano para reposar las fuerzas gastadas en la ruda lucha por la existencia, en el estudio ó en el trabajo. Y los que en nada se ocupan, necesitan más que los otros del verano pues no existe nada que canse y gaste más que el ocio. Las mujeres, y especialmente los niños que viven de bailes y paseos, en agitación constante y en perpetuo derroche de emociones y de fuerza nerviosa, necesitan minutos de paz en el año, después de tantas traspasadas, de tantísimas recogidas tarde, en pos de bailes, de teatros ó de reuniones íntimas.

En realidad, los nervios de las jóvenes tienen todos la resistencia del acero. Según observaba el inmortal Balzac, ningún hombre vigoroso podría mantener por mucho tiempo la existencia que llevan á veces jóvenes delicadas de veinte años, de talle flexible, de cabellos de oro y frágil apariencia de porcelana de Sajonia, cuya única tarea, al parecer, consiste en divertirse, en atraer á los hombres, en dominarlos, en envolverlos en sus redes para formar el nido de su familia futura. Así como los pájaros, de todas partes llevan los menudos fragmentos de plumas y de palitos con los cuales tejerán sus habitaciones aéreas; las niñas van formando, en su imaginación, el nido futuro y tienden sus redes para coger el jilguero que haya de acompañarlas á construir el nido, y para esta obra, todas ellas, feas y bonitas, grandes ó pequeñas, hábiles ó necias, saben desplegar el arte de los grandes capitanes, y las tontas despliegan á veces más talento que un Napoleón ó un Condé. El tiempo empleado en recorrer periódicos de modas, en estudiar figurines, en arreglar trajes, en combinar colores y cintas, le bastaría á un grande artista para idear el Partenón de Atenas ó tallar la Venus de Milo. Pero las multitudes modernas comprenden y aman mejor la hermosa estatua viva, la mujer elegante.

Y la elegancia, como el genio, es obra de paciencia, de combinaciones y de trabajos. La figura frágil, que impresiona al muchacho, ha sido preparada cuidadosamente y con tanta anticipación como un caballo de fina sangre de carrera. El espectador sólo contempla el resultado, sin darse cuenta de los sacrificios, de las pequeñas fuerzas, de las noches en vela, de las mil correrías por las tiendas en busca de los artículos más bonitos, pues así como en economía política se busca el mayor producto con el menor esfuerzo, en elegancia se necesita el mayor efecto con el menor dinero.

En tanto que los hombres de trabajo se dirigen al campo, en busca de reposo, las mujeres van á continuar su vida mundana en las playas, á Viña del Mar, á Zapallar, á Constitución, á Penco.

Niña es, hoy día, un balneario de primer orden, el primero del Pacífico. Hace unos pocos años, era modesta aldea, de escasa importancia. Los veraneantes se aburrían, y no tenían más pasco que asistir, á horas fijas, á la llegada de los trenes. Entre otros se veía siempre á un hombre ilustre que había sido gobernante notable y que nunca dejaba de concurrir al paseo matutino ó vespertino. "Quién creyera, decía una señora al verlo, que don Joaco pasaría de Presidente de la República á jefe de estación..."

Es que no había más paseos en Viña. Ahora ya es otra cosa. La playa, en la tarde, se llena de coches en cinco filas, y de automóviles. La población Vergara tiene millares de chalets y de jardines que envían los efluvios de su vegetación perfumada á confundirse con el mar, con la inmensa y azulada sábana que ondula incesantemente en las lejanías del horizonte.

La estación de bailes y de comidas, en Viña del Mar, es el verano. El que se aburre se encierra ó se encamina á Valparaíso, en donde tiene el Parque ideal de Playa Ancha.

Los veraneos se facilitan y con el ferrocarril, los puertos se acercan. El ferrocarril de Papudo, facilita dos puertos y el de San Antonio otros dos.

Este debería ser el momento en que todos, particularmente los jóvenes, en vez de divertirse, se ocuparan en conocer un poco á su patria, en visitar el norte y el sur. Hay, entre nosotros, muchos que han estado en Europa, que se han extasiado en los paisajes de Suiza, y muy pocos, muy contados, que hayan llegado hasta los canales de Chiloé, que se hayan deleitado con el admirable y conmovedor espectáculo de la región de los Lagos de Llanquihue. Esos panoramas son todavía más hermosos que los de Suiza; conmueven con sentimientos de majestad salvaje y de originalidad primitiva. Allí se siente la mano de Dios en toda su soberana omnipotencia y desaparece la del hombre que todo lo perturba.

Esos viajes deberían ser el complemento necesario de toda educación chilena. El Gobierno debería favorecerlos con tarifas de precios reducidos, como se hace en Europa, de viajes circulares.

¿Cómo se puede comprender que sean ciudadanos ó gobernantes futuros los hombres que ni siquiera conocen su propia patria, que no han llegado á darse cuenta de sus ri-

quezas, de sus fuerzas, de sus necesidades? que no conocen el trabajo de sus campos, ni el laboreo de sus minas, ni las dificultades de sus puertos, ni la carencia de fletes marítimos, ó de muelles?

Y luego, no existe una enseñanza mayor ni más gráfica que ver con nuestros propios ojos el nacimiento de los pueblos en la antigua región de los indígenas.

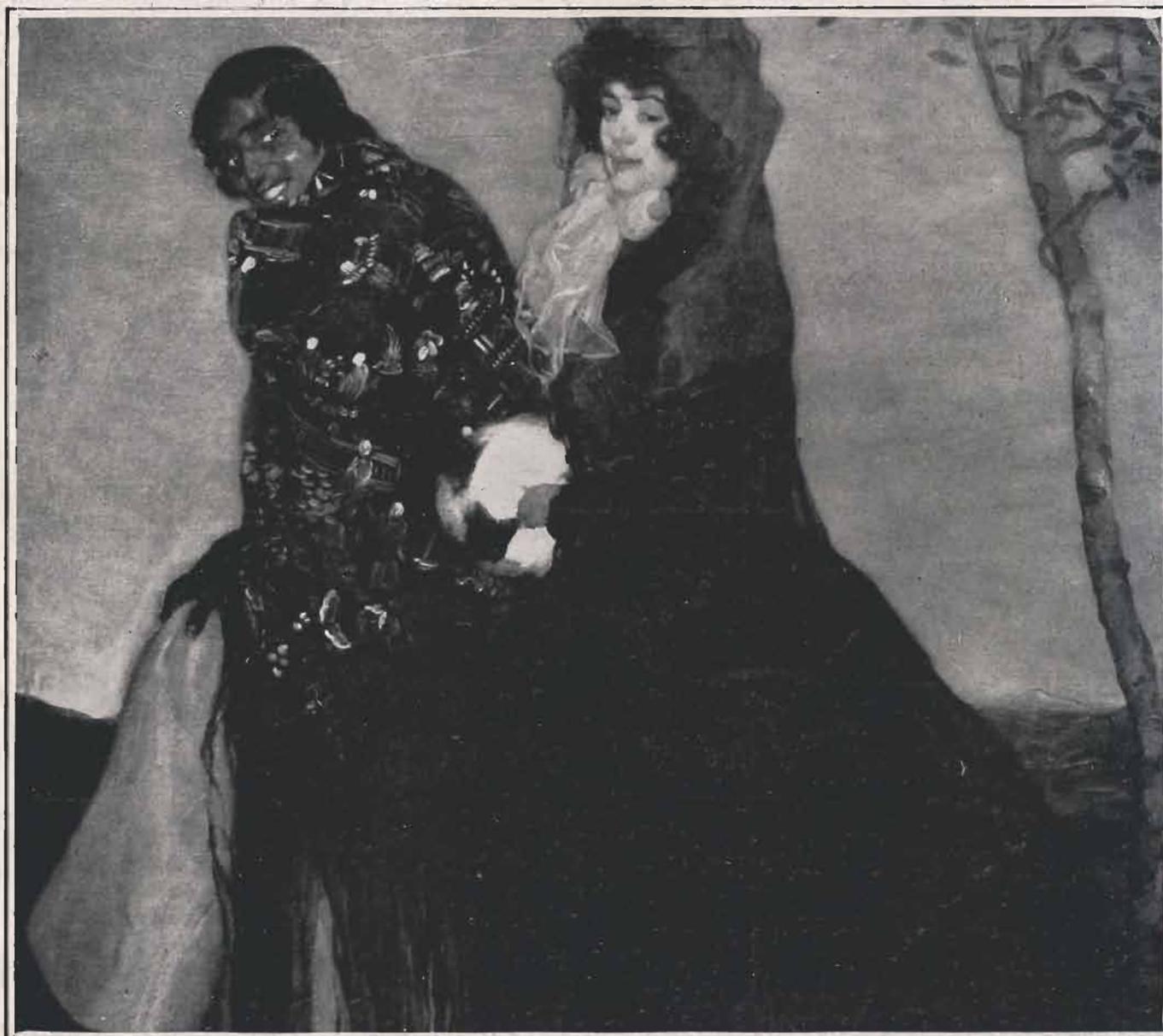
Hace algunos años, tuve ocasión de presenciar un espectáculo inolvidable, de ver cómo se cortaban los árboles con el hacha, y en ese mismo lugar se construían unas cuantas casitas de madera, una iglesia y una escuela. Dos años más tarde se levantaba una ciudad, existían millares de casas, cuatro mil habitantes, fábricas de elaboración de maderas y un molino. La vida bullía, las tiendas se veían concurridas, los carros cruzaban por los caminos en donde, poco antes, solamente reinaban la soledad silenciosa de la selva, y se veían mares de verdura.

Los jóvenes encontrarían en esos viajes no solamente agra-

do y distracciones, sino fuentes de porvenir, enseñanzas prácticas en la lucha por la vida. Allí les nombrarían á extranjeros que vinieron á Chile de emigrantes, hace diez años, y que son millonarios ahora. Meditarían. A lo lejos, el coqueteo estéril de los salones de baile, á menudo cruel para los muchachos sin fortuna, y allá, junto al bosque del sur, ó la mina del norte, el trabajo rudo y fecundo que forja en yunque á los hombres de acero que más tarde serán fuerzas útiles para la sociedad y su país, en vez de empleados regalones, y á menudo ineptos, que solicitan cada tres años aumento de sueldo ó creación de canongías que gravan á toda la comunidad.

En vez del veraneo elegante coronado por el *tavo-steps* ó el vals, los muchachos deberían emplear su tiempo, durante estos meses, en el conocimiento fecundo de su propio país. Aprenderían á conocerlo y á quererlo, y á estimar, también, á los hombres abnegados que se sacrifican por los suyos en la lucha por la vida.

LUIS ORREGO LUCO



GITANA Y ANDALUZA

CUADRO DE ZULOAGA



Las Obras Maestras de la Pintura de 1400-1800

Entre las Bellas Artes, la pintura, es por excelencia el arte de los tiempos modernos. La antigüedad y la Edad Media llaman nuestra atención por sus obras de arte en la arquitectura; los griegos y romanos llevaron la escultura al apogeo de la perfección. Antes del siglo XV la pintura no produjo más que obras de un mérito relativo. En los primeros siglos después del nacimiento de Cristo, las catacumbas ó iglesias cristianas del Oriente y Occidente fueron adornadas con frescos.



El "Amor Fresco" del Casino Ros-
pégliosi (Roma)

Datos y pinturas que han podido conservarse, nos demuestran que el arte en aquellos tiempos se ceñía á tradiciones que se tenían por inamovibles, y á formas convencionales que aplastaban toda iniciativa y condenaban toda creación personal.

Sólo los miniaturistas que adornaban los manuscritos de pequeñas escenas de colorido brillante y alegre, se apartaron de estas reglas antes del año 1400.

Las pinturas antiguas han desapa-



Palacio del Vaticano.—Fragmento del Fiesco llamado "Las bodas de Aldobrandine".—(Estilo griego).



Palacio del Vaticano.—Fragmento del Fiesco llamado "Las bodas de Aldobrandine".—(Estilo griego).

recido casi por completo. Polygnote, Zeuxis, Parrhasios, Apelle no son más que nombre para nosotros. El mejor de los frescos que se puede citar, es la escena nupcial del Vaticano, tan admirada por Poussin y que sólo nos da una vaga idea de la hermosa obra.

La pintura de la época romana, nos es conocida por los numerosos frescos de Pompeya, y por las decoraciones de las paredes de casas y tumbas en Roma y las provincias.

La pintura romana está muy lejos de ser simplemente la continuación de la pintura griega. En medio de obras que son esencialmente de tradiciones he-



La Virgen de Cimabue

lénicas, encontramos á mediados del siglo I.º, huellas de un estilo original que se asemejan un poco al de los impresionistas modernos. Uno de los especímenes más sorprendentes é interesantes de esta época es "El Amor", fresco del casino Rospigliosi, Roma, pintura de ejecución tan libre que se le podría atribuir á Fragonard.

Fué Italia la que produjo los primeros pintores en los siglos XIII y XIV.

Cimabue de Florencia, (1240-1302). A pesar de su rigidez y sometido aún á las tradiciones bizantinas, se esforzó en salir de esta rutina dando un poco de vida á la pintura.



María Pía de Saboya

María Pía de Saboya y Amelia de Orleans

Ex-reinas de Portugal



Amelia de Orleans



L estallar la revolución de Lisboa, refirieron los cablegramas de Europa que María Pía, abuela del Rey hoy destronado don Manuel de Portugal, sorprendida bruscamente con tan terrible noticia, llena de dolor, exclamó:

“Aún no basta á mi desdicha que el cruel destino me arrebatara en un momento horrendo á mi hijo Carlos y al hijo de mi hijo, sino que me quita hoy la única esperanza que quedaba á mi noble casa...”

Esta infortunada princesa comparte con Francisco José el triste privilegio de haber sufrido los más terribles infortunios domésticos. Sobre sus débiles hombros de mujer han caído los golpes de muchas de esas catástrofes que rompen una existencia. Su hermano Humberto, Rey de Italia, asesinado en una fiesta popular, en Monza, por Gaetano Bresci; después la tragedia más sangrienta aún en Lisboa, abominable salvajismo que le arrebató á su hijo Carlos y á su nieto Luis Felipe, el Rey y el príncipe de la Corona. Ahora los revolucionarios se apoderaron del trono, y ella junto con la Reina Amelia y Manuel, emprendieron el triste camino del destierro. ¿Qué pensar de estos golpes repetidos del destino, sino que Dios reserva á los que deben mandar á los pueblos, pruebas especiales, como compensación de su grandeza?... Bossuet, delante del ataúd de Enriqueta de Inglaterra, recordó á Luis XIV que los grandes de este mundo están más sujetos que los demás á recibir de lo alto “grandes y terribles lecciones”.

Las crónicas de su época refieren que pocas princesas como María Pía, conocieron, al principiar la vida, las delicias de una infancia feliz. Hija de Víctor Manuel I y de María Adelaida fué una de las herederas más festejadas de Europa. Sin tener esa pureza de líneas que caracteriza la clásica belleza italiana, poseía la gracia, la majestad, una extrema distinción de maneras unido á una viva inteligencia. Cuando llegó á Portugal, embellecida por la dicha, unida á su joven esposo don Luis, fué acogida con entusiasmo y magníficas fiestas, conquistándose en el acto las simpatías del país de los Algarves. En poco tiempo aprendió el portugués, interesándose por la literatura nacional, fué protectora de escritores y artistas y su popularidad ha sido universal bajo los tres reinados: de su esposo don Luis, de su hijo Carlos, y de su nieto Manuel.

A la muerte de su esposo, María Pía, se retiró al palacio de Ajuda, dejando al nuevo Rey y á la Reina Amelia de Orleans, el Palacio Real de Necesidades.

Ahí supo la muerte trágica de su hermano Humberto y desesperada lanzó un grito de rebelión, el mismo que la

Reina Margarita de Saboya... ¡Es la infamia más grande del siglo! exclamó. Después, inclinando la frente bajo la mano de Dios, oró.

Otro infortunio mayor debía herirla aún. Su hijo y su nieto perecían en plena calle de Lisboa, bajo los golpes de asesinos políticos. Ese dolor no puede ser descrito. Ella y Amelia estuvieron, día y noche arrodilladas junto á sus despojos sangrientos... ¡pobres mujeres igualmente torturadas!... ¡pobres madres igualmente heridas!! Ambas han conocido de una manera espantosa, el triste privilegio del dolor.

Después del lúgubre drama, María Pía se encerró en un aislamiento absoluto. Su palacio de Ajuda era sólo una mansión de duelo, en que ella envuelta en trajes de luto, lloraba á sus muertos. Se dice que cuando salía, rara vez, en carruaje, el pueblo que hoy la arrojó al destierro, ese mismo pueblo la reconocía en su intensa palidez, en el inmenso dolor que parecía escrito sobre su frente. “La Reina” murmuraban y todas las cabezas se descubrían. Tal vez la augusta señora dirigiría una sonrisa benévola sobre los mismos que hoy la hieren con un dolor que no terminará jamás! Ha vuelto á su patria á buscar un refugio entre los suyos, mientras Amelia y Manuel han encontrado en Inglaterra generosa hospitalidad.

Amelia de Portugal posee un aire majestuoso y una distinguida belleza; une á su bondad de carácter una gran inteligencia y afición á la pintura. Sus hermosas acuarelas se han exhibido en París en exposiciones. Ella no es solamente una madre admirable, consagrada á la educación de su hijo, sino también una princesa en el verdadero sentido de las obligaciones que impone ese título. Habitaba el Castillo de la Pena, mansión real que domina á Cintra y su presencia añadía un encanto más á la visión maravillosa de ese sitio rodeado de bosques tupidos y embalsamados. El amor del joven rey á su madre era un verdadero culto. Y en cuanto á ella... ¿qué se puede decir que no resulte pálido? Hay penas tan desgarradoras, dramas tan espantosos que la víctima, salvada por milagro, parece sagrada. ¿Quién no recuerda la escena salvaje en que caían bajo las balas de los asesinos, su marido y su hijo, la actitud heroica de la Reina Amelia, de pie en el carruaje que rodeaban los miserables, cubriendo con su cuerpo al infante Manuel?... Ese además ciertamente pasará á la historia, pero la historia dirá también la ingratitud de ese pueblo hacia su soberana, grande y digna en sus infortunios, madre tierna y admirable, que ha manifestado al mundo que es una verdadera princesa de Francia de la raza de Borbón-Orleans.

ESTER PRIETO DE DELL'ORTO



Diálogo con una estatua

HABIA comido solo en uno de esos restaurantes de la Avenida de Mayo, cuyas amplias ventanas arrojan sobre la acera la luz, el bullicio, la alegría, la música, la exuberancia de vida de la multitud que llena sus mesas. Esos restaurantes suelen recordar maravillosamente los grandes boulevares de París. Sus exterioridades son las mismas, sus *maitres* son franceses ó hablan francés, la concurrencia es como allá cosmopolita y entre ellas se deslizan algunas mundanas cuyas ruidosas *toilettes* acaban de dar un sello parisiense al local.

La soledad á la hora de la comida es la más propicia para las reflexiones graves y tristes, porque á esa hora se echa de menos el hogar, se siente la nostalgia que invade como una niebla el ánimo y á medida que crece la alegría ajena, y mientras más provocativo suena en la orquesta el último vals de moda, más inclinado se siente uno á considerar el lado hueco y desconsolador de todas las cosas.

Se ordena una comida corta y refinada; se bebe un buen vino; se leen los diarios de la tarde que en todas partes del mundo tienen poco que leer, y se acaba por una larga sobremesa para fumar en paz, beber el café á pequeños sorbos y observar la concurrencia que se va dispersando, satisfecha y harta, hacia los teatros, los paseos, los *music-halls*.

Tras de un día sofocante comenzaba á soplar una brisa del sur que templaba la atmósfera y la Avenida inundada de luz, llena de gente, congestionada de vehículos de toda especie, se extendía como un torrente de vida en el cual bastaba entrar para ser arrastrado sin sentirlo.

Y en él me arrojé, á la ventura, sin plan fijo, caminando lentamente, un poco empujado por los transeúntes que no parecían tan vagabundos como yo, deteniéndome en las vidrieras donde había obras de arte, joyas, máquinas, anuncios en que se exaltaban las ventajas de las tierras que se iban á remate en breve.

Pasé debajo del escudo del Consulado de Chile y me pareció que el cóndor y el huemul me guiñaban el ojo y me decían: "¡Adiós amigo! ¡Comprendemos su estado de ánimo!"

Desde la cúpula del Hotel Majestic un gran foco eléctrico hacía girar en el espacio negro sus aspas de luz, y en la acera opuesta un enorme almacén, con sus vidrieras deslumbrantes de luz y de novedades, atraía á la muchedumbre como á mariposas nocturnas.

Y avancé hacia la Plaza del Congreso donde la claridad era menos fuerte y el espacio abierto dejaba circular más libremente el aire.

Los coches y automóviles pasaban en una fila continua hacia Palermo en busca de aire fresco, sin otro ruido que

el de los cascos de los caballos sobre el pavimento y la respiración de los motores.

Así me encontré luego junto á una pequeña estatua al pie de la cual me detuve para mirar hacia atrás el panorama nocturno de la Avenida de Mayo, camino de luz, rumoroso y vivo, con su doble corriente de vehículos que suben y bajan, digno del nombre de "Vía Blanca" (*White Way*) que los americanos dan á Broadway en New York.

El punto en que me había detenido era una isla de soledad en medio del mar agitado de la vida nocturna de Buenos Aires. Más lejos, algunos niños jugaban poblando el aire con gritos de pajarera; en torno mío rugía el oleaje de los vehículos, la muchedumbre, la música de los cafés y los pequeños teatros; al pie de la estatua nadie pasaba y podía yo contemplarla, á la claridad de los focos eléctricos, en toda la noble belleza de su bronce oscuro.

Era *El Pensador* de Rodin, reproducción de la célebre escultura que los franceses han erigido delante del pórtico del Pantheon en el barrio intelectual de París.

¡Qué pequeño, qué deleznablemente pequeño me pareció allí! ¡Qué pequeño y qué triste!

Parece perdido, como un canto rodado en la llanura, en medio de la enorme plaza, entre el tumulto de su intensa vida, rodeado de sus jardinillos y bosques nuevos que se alzan apenas del suelo, cerca del ancho pedestal que sostiene la estatua de Mariano Moreno.

El Pensador está allí tan solitario, tan *deplacé* como un desterrado y acaso se imagina, si es que realmente piensa, como todo induce á esperarlo de un pensador, que aquel espacio abierto donde sopla el viento y el sol abrasa, es la Pampa de que oyó hablar.

Allí está con la gran cabeza apoyada en la enorme mano, helada en el rostro la dolorosa expresión de la tortura cerebral, cargadas las espaldas por todos los siglos de la historia del pensamiento humano, pidiendo á la tierra seca, la solución de los oscuros problemas que lo inquietan, hijo legítimo de una época de duda, de investigación, de angustiosa lucha con lo desconocido.

Estábamos tan solos aquella noche el Pensador y yo—él, europeo cultísimo, producto de la más refinada civilización, y yo, hijo inocente de unas montañas bravías—que muy luego trabamos amistad y hablamos como se habla con las estatuas bajo el cielo oscuro, en la penumbra de la ciudad iluminada, en la soledad de las multitudes afanosas de que uno no forma parte con su espíritu.



—Me aburro—dijo El Pensador—en este enorme espacio desierto. Yo fui hecho para la intimidad, porque es

menester que un horizonte maternal sea pequeño, para que el otro, el que llevo aquí dentro, se extienda hacia lo infinito.

Me aburro porque me ofende la lengua que hablan los que pasan, y no puedo traducir el sordo rumor de océano que se eleva de esta multitud inquieta que parece arrastrada por un torbellino y condenada á moverse siempre. Yo sé el griego y el latín, porque tengo abuelos en las islas Jónicas y en el Sacio, abuelos de mármol y bronce que viven desde miles de años, y mis antepasados más próximos son los esclavos de Florencia, un Médici llamado *il Pensiero* y un Cristo dolorido que Miguel Ángel dejó tras del altar del Duomo.

Intenté consolar aquella tristeza de bronce:

—He conocido personas de tu familia igualmente destruidas: las metopas del Partenón, las cariátides del Erecto y las nobles figuras del templo de las Nercidas viven en las heladas salas del Museo Británico sin la más remota esperanza de que jamás las bese un rayo de sol.

Y él continuó:

—Pero allí las admiran y les queman incienso de un culto artificial y aprendido que algo compensa el destierro. Aquí pasan y pasan sin mirarme. Muchos no saben que he venido, ignoran que me trajeron á través de los mares y que me instalaron aquí como una chispa de luz robada al sol para alumbrar una caverna. Pasan hablando de sus ganados, de sus tierras, de sus industrias mecánicas, de su dinero, sobre todo de su dinero.

Y todos van livianos, ágiles, con un paso gimnástico, á la conquista de un tesoro, mientras yo siento pesar sobre mi espalda siglos y siglos de inquietud cerebral.

—Tu hermano, el del Pantheon...

—Mi hermano vive en la paz de un pórtico de noble abuelo, velando el sueño de muchos que sufrieron como él esta aguda é insaciable sed de saber, y los transeuntes que lo miran respetuosos son peregrinos venidos de todo el orbe á contemplarlo, poetas y filósofos, estudiantes que lo consideran uno de los suyos, alegres cancioneros que lo respetan aún en la fresca burla de su verso aristofanesco.

El Pensador calló un instante porque el ruido de los automóviles parecía herirlo, y luego prosiguió:

—Esta exuberancia de vida me ofende. Yo pertenezco á un mundo que es flor de ruinas, á una sociedad amasada de tradiciones y prejuicios, que mira sin cesar al pasado y busca en él elementos para descifrar el porvenir. Necesito paz, reposo para pensar en los destinos humanos, en el origen del hombre, en las causas últimas, en los misterios del Cosmos.

—¿Y no es acaso el espectáculo nuevo de la vida que nace poderosa é irresistible de un tema de meditaciones?

Largo tiempo pasará antes de que yo, y los que como yo tienen encima los siglos de otra civilización vieja, entendamos esta forma nueva. El vino ha cambiado de sabor y de aroma en la vasija enorme, y siento en torno mío una ágría fermentación que aún no ha dado su producto definitivo.

—Pensador: tú representas la fuerza del pensamiento, ¿no hay un pensamiento y una fuerza en este ambiente que te desconcierta y agobia, que te causa el efecto del aire de la montaña desierta al hombre de la llanura poblada?

—Es que aquí el pensamiento sólo aplica sus fuerzas á luchar con la tierra, á domar un continente salvaje,

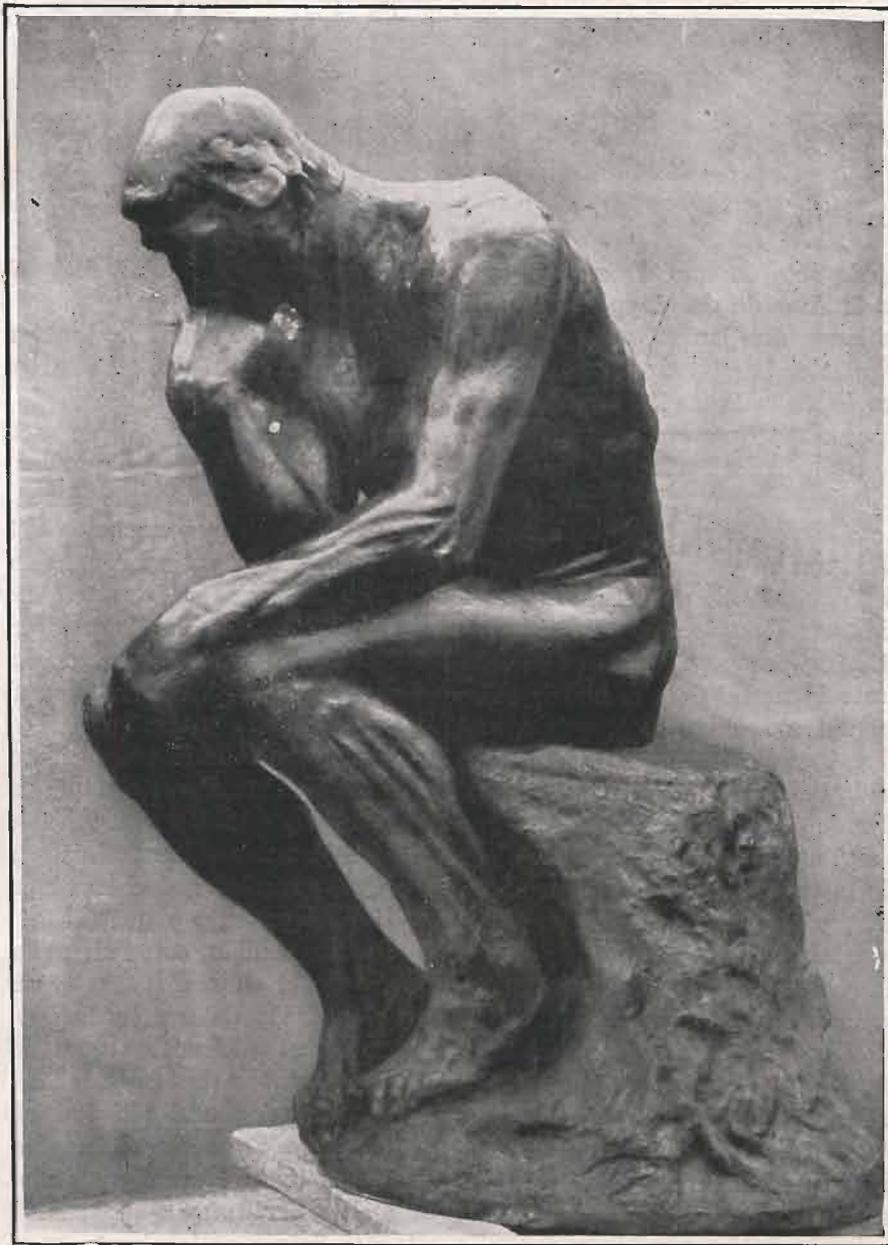
en vez de buscar las altas y doloridas especulaciones; es que aquí están seguros de todo y á nada temen y todo esperan conquistarlo, en vez de hundirse en la voluptuosidad de la duda. Nadie se acuerda aquí de lo indeciso, lo vago, lo incierto del mundo de las ideas puras.

—¡Ellas triunfarán!

El Pensador me miró desdeñosamente desde lo alto de su orgullo cerebral, suma y compendio del orgulloso desdén con que la Europa mira á la América. Y dijo:

—¡Triunfarán!... Es posible... Pero ha de ser á condición de que un día también piensen, sueñen, sufran el delicioso tormento de la curiosidad mental, terminado ya su combate con la tierra, agotada su fiebre de oro.

—¡Vendrá el día!—exclamé yo con un grito de mi fe en los destinos de la nueva raza.—El día vendrá y ha de ser



EL PENSADOR

ESCULTURA DE RODIN

de esplendores nuevos, nunca imaginados, en que todo lo que la humanidad ha pensado y sufrido, se funda en una florecencia maravillosa de verdad y de belleza puras.

Y el Pensador sin dar importancia á mi entusiasmo, continuó:

—He visto pasar por los aires á la luz excesiva de este sol encervante un gran pájaro en el cual iba un hombrecillo que lo gobernaba orgullosamente. Creen que esa máquina la hizo un mecánico que dispuso y ajustó las piezas de metal y las alas de tela. Es un error craso. Yo estoy en el secreto: esa máquina fué engendrada por un solitario pensador que en el fondo de un gabinete fijó las leyes que gobiernan la materia inerte y sorprendió el misterio de los elementos, analizándolos hasta sus átomos ínfimos.

—Pensador, no desesperes. Tú eres la chispa de fuego sagrado robada al cielo y que va á encender los hogares de la tierra. Si te trajeron sobre un barco y te erigieron un altar en medio de su *Forum*, como en otros tiempos los romanos á las ajenas divinidades, á los dioses desconocidos que iban á ser los inspiradores del futuro, es porque tienen ya el instinto consciente de que su civilización, más tarde ó más temprano, necesitará estos otros elementos. Tu presencia aquí es una revelación. Hoy te sientes desterrado, pero

¿qué le importa á tu inmortalidad de belleza y de pensamiento excelso el trascurso de los años? Nuevas generaciones vendrán á rendirte homenaje, y su culto á la idea será más potente, más sano, más sincero que el de las enfermedades turbas entre las cuales naciste. ¡Quédate ahí! Tu presencia hace bien; eres la iniciación de la nueva era.

El Pensador seguía mirando la tierra con su rostro contraído por el trabajo mental, apoyada en el puño crispado la tosca cabeza. No me oía. No podía oirme ni creérmelo. El era la síntesis de todo lo que la Europa ha pensado en siglos y siglos. Yo era un pequeño salvaje de la montaña.

Y ahí se quedó, dios desconocido y temeroso cuyo culto aún no ha comenzado, pero al cual seguramente las multitudes llevarán un día en triunfo, cuando puedan descansar de su cruenta batalla con la tierra indómita. Mientras yo me perdía en el torrente de la vida bonaerense y nadaba en la Avenida, llevado hacia abajo por la multitud apresurada, nerviosa, que quería recogerse y dormir para levantarse al día siguiente á continuar la lucha.

CARLOS SILVA VILDOSOLA

Buenos Aires, 15 de Enero de 1911.



LA TRILLA

CUADRO DE L. SIMON

EL SECRETO



N una taberna hállanse reunidos unos cuantos hombres. Son patriotas que departen sobre los peligros que acechan á la patria en esos días de invasión é incertidumbre. De pronto uno de ellos repara en un chico que, sentado junto á la gran chimenea, parece mantener vivo coloquio con las llamas. La curiosidad lo atrae. ¿Qué hace ahí aquel niño? ¿Por qué habla con tanta intensidad? Se acecha y escucha. Lo que oye va interesándole vivamente.

No; no son divagaciones de un cerebro infantil! lo que el niño está refiriendo á las llamas. Es un secreto: el terrible secreto que pesa sobre su corazón.

Esa mañana, al vagar por el campo, ha sorprendido á los oficiales austriacos, que detrás de un gran cerco comentaban la manera de llevar á efecto, esa misma noche, la orden del gobernador. Sí; el gobernador ha ordenado que asesinen á los patriotas y que se apoderen del pueblo. ¡Todos van á perecer! Y él, á nadie podrá prevenir, porque los austriacos, que lo han descubierto escuchando, sólo lo han dejado escapar con vida, después de haberle hecho jurar que á persona viviente no revelará lo que ha oído!

Cierto que tiene que guardar ese secreto; pero á las llamas, á ellas sí que podrá contarles lo que oprime su corazón. ¡Ya no puede contenerse más: ¡Tiene que desahogarse del peso que lleva encima!

Así cuenta la leyenda que fué descubierta la conspiración que salvó á un pueblo de Suiza allá en el siglo XIV.

“Lo que caracteriza el secreto”, oímos decir el otro día á un distinguido psicólogo, “es la necesidad, la casi obsesión, de participarlo á otro”.

¿Por qué esta necesidad, por qué esta casi obsesión de participar lo que tenemos por secreto?

Estudiémoslo desde el punto de vista psicológico.

Las sensaciones que producen en nosotros la conciencia de hechos que nos conciernen ó conciernen á los demás, van acompañadas de imágenes de vehemencia y de deseo. Y es la motricidad la característica de toda imagen, como que el acto reflejo es el origen de toda sensación.

Así, siendo la imagen impulsiva ó motriz—idea-fuerza, como se la ha llamado—tiende á traducirse en gestos ó en palabras. Se habla para quitarse de encima un peso: el del pensamiento.

El caso que acabamos de referir del chico que contaba su secreto á las llamas, es un buen ejemplo de la verdad psicológica que va en el refrán “Nada pesa tanto como un secreto”.

Por lo tanto, la indiscreción es natural; se habla por desahogo, por hablar, y muchas veces es una cosa accesoria el comunicar el pensamiento á los demás.

¿Cómo, pues, logramos retener un secreto, á pesar de la casi obsesión de revelarlo?

Por un esfuerzo de la voluntad, por inhibición, por freno moral.

Si fuera posible la vida mental refleja, respondiendo á cada excitación con un acto, jamás podríamos guardar un secreto.

Pero, como la característica de la célula nerviosa es acumular y retener, para relacionar y asociar impresiones y sensaciones; deseos, necesidades, apetitos é instintos, la vida mental consciente nace. Lo acumulado—que viene á constituir nuestra memoria—nos sirve de término de comparación. Completamos la realidad objetiva agregando de dentro afuera. Y ese fondo de reserva, constituido por nuestra memoria, ofrece á la voluntad motivos donde escoger, y causas para abstenernos de obrar: de donde nace la inhibición.

Así es como la voluntad viene á refrenar el mecanismo ciego del reflejo. El poder de impulsión de la imagen se transforma en el de detención.

La misma imaginación viene á convertirse en voluntad, como que la voluntad es en realidad “la imaginación disciplinada y transformada”.

A medida que ascendemos en la evolución zoológica, encontramos que este poder de inhibición—lo que aleja del reflejo—es siempre carácter específico de superioridad. El hombre es superior, porque es capaz de contenerse, de refrenar sus tendencias, de encauzarlas.

No supera al bruto tanto por su mayor capacidad en la acción, cuanto por su mayor capacidad en la inhibición.

En la vida humana se observa lo mismo.

El niño es menos capaz de contenerse: procede por reflejos, ó por subconsciencia. La inhibición aparece más tarde. ¿Y la mujer? ¿Es, ó no es, más capaz de guardar un secreto?

Proverbial es la indiscreción de la mujer. Y sin embargo...

Estudiada en su vida fisiológica y psicológica, la mujer ha debido acer un largo aprendizaje de dominio de sí misma, sufre más que el hombre y sufre mejor. Es más valiente ante el dolor físico y ante el dolor moral.

¿Por qué, si ha sabido contenerse, si ha debido pasar por esta escuela de inhibición, no será capaz de mayor reserva, de lo que se la concede en general?

El secreto que quiere brotar, hacerse oír, es en la vida psíquica semejante al impulso contenido en la vida pasional, y á la tendencia dominada en la instintiva.

Cuanto más personal, cuanto más nuestro es el secreto, tanto

más grande ha sido el empeño en ocultarlo y tanto más fuerte será el impulso en revelarlo.

Sólo un carácter vigilante, inhibitor, vencerá este impulso. Lo vencerá, porque es capaz de reflexionar.

A la idea de confiar su secreto, opondrá otra idea: los peligros que acarreará el revelarlo: el descrédito ó la pérdida del amigo que en él confió.

Indudablemente, la vida nos va tornando más discretos, más reservados.

Esta capacidad ó incapacidad de reserva que venimos estudiando, á propósito del secreto, puede servirnos para señalar tres etapas de progreso humano: la del reflejo: la de inhibición parcial, en la que ésta todavía significa un esfuerzo; y la de inhibición completa, ó más bien dicho, inhibición inconsciente, en la que la reserva está constituida en hábito y ya no se experimenta la necesidad de expansión y de confiar en los demás.

Hemos estudiado la primera etapa en los emotivos puros, los que obran impelidos por el mecanismo ciego del reflejo. Ellos hablan, como ya se ha dicho, por hablar, “como que la necesidad de hablar es primitivamente la de decirlo todo”. Esto vienen á demostrarlo ciertos casos de criminales que se denuncian ellos mismos; no, como suele creerse, por arrepentimiento, ni sed de expiación, sino, únicamente, porque son incapaces de contenerse, de retener una confesión que se les escapa de los labios. Tal es el caso que presenta Dostoiéwsky en su novela “Crimen y Castigo”. El asesino Raskolnickoff se siente impelido á confesar su crimen, á pesar de que esta confesión le espanta, apareciéndole como una debilidad vergonzosa.

A esta etapa pertenecen los “secreteros”, que se deleitan en hacer misterio de todo, para así llamar la atención y dar mayor importancia á su personalidad; los parlanchines y ciertos tipos de murmuradores que, sin ninguna intención especial se recrean en hablar mal de todos.

Es el grupo de los grandes indiscretos; son los más.

En la segunda etapa tenemos á los precavidos, á los que poseen inhibición en mayor ó menor grado.

Como su vida es objetiva, es decir, viven principalmente de afuera y de sanción externa, poseedores de un secreto, sienten la necesidad de comunicarlo, ya sea por mayor expansión del yo, ya sea por una afectividad, por anhelo de estrechar amistad á base de confidencias. Si logran refrenar sus impulsos, es porque la experiencia de la vida les ha enseñado el valor, la fuerza de la reserva, ó los ha tomado precavidos. Entre éstos se encuentran los reservados por escepticismo y desconfianza.

Empero, existen ciertos seres—y éstos son los pocos—quienes, poseedores de un secreto, no se sienten impelidos á revelarlo. Vienen á constituir la tercera etapa: la de los reservados por excelencia para quienes el secreto no existe; no existe, porque siendo la inhibición un hábito, no tienen conciencia de ella.

Y su reserva no arranca del escepticismo y de la desconfianza engendrados por las desilusiones de la vida, sino de las raíces profundas de su yo, de la intensidad de una vida subjetiva, que se basta á sí misma y de la fuerza moral que encierra el “secreto” cuando se le encara bajo otra faz: la faz trascendental. Y esto nos lleva á examinar el secreto bajo lo que podríamos llamar su aspecto místico.

El secreto, en última síntesis, es el misterio. Estudiarlo, es estudiar la evolución del misterio, porque el secreto es lo absoluto ó relativamente desconocido; que viene á servir de estímulo y de especulación á nuestra capacidad mental.

A raíz de todo tenemos el misterio, lo desconocido, el secreto absoluto. Y el misterio encubre los dos grandes secretos que incitan las especulaciones más nobles y las energías más enaltecedoras de la humanidad: el secreto del tiempo, es decir, el secreto del destino humano; y el secreto de la realidad, es decir, el secreto de la naturaleza. El secreto; en su aspecto transitorio y parcial, viene á ser el que surge de los hechos humanos, es lo que, según el léxico, “se tiene cuidadosamente reservado y oculto”. Es el secreto que concierne á la vía objetiva; es el que incita la curiosidad de los que viven de afuera.

Y la curiosidad es la gran fuerza propulsora el gran aguijón de progreso humano, como que es ella la que nos impulsa al misterio.

La curiosidad instigada por el secreto parcial y por el secreto absoluto, la encontramos simbolizada en los mitos objetivo y subjetivo de Barba Azul y de Wotan, el dios de la mitología germánica.

En Barba Azul tenemos la curiosidad vulgar. Todos más ó menos deseáramos conocer el secreto que encubre lo absoluto: el misterioso destino humano.

¿Quién—que tenga el hábito del auto-análisis—no ha notado como una fuerza que se escapa al dejar escapar un secreto, aunque haya sido á un amigo discreto y sincero!

¿Quién no ha experimentado esa sensación de poder y de fuerza que emana de un hombre reservado.

Ibsen ha dicho: “El hombre más fuerte es aquel que más se mantiene sólo”, y grande, en verdad, es el que se mantiene solo, no por orgullo ni desdén sino porque ha empezado á interesarse en preocupaciones de un orden elevado, á vivir para adentro y á reconocer otra ley y otra sanción que la externa; y para llegar á esto ha debido inhibir lo pequeño, lo superfluo de la vida.

Tenemos, pues, en el secreto un medio para educar nuestra inhibición; y en resumidas cuentas, la educación efectiva en la vida viene á ser la educación de la inhibición.





Las blancuras sagradas

PLAZA.—PSYQUIS

NICANOR Plaza es el poeta de la línea. La delicadeza de su sensibilidad lo ha hecho buscar los asuntos de sus poemas escultóricos en los instantes florales de la vida, en los instantes en que el alma sube, se enciende y tiembla... Enamorado de las divagaciones del pensamiento romántico, se ha detenido en esos puntos morales por ser suficientemente altos para dominar los horizontes interiores, por ser momentos de culminación en que suelen juntarse, formando un vértice tembloroso, el recuerdo y la esperanza, las reminiscencias y las trascendencias. El artista se ha posado en ellos como en una cumbre; ha recogido la visión de la perspectiva y sólo cuando la visión, transformada en emoción, ha clamado por expresarse, por surgir á la luz, le ha dado forma, cincelándola en un poema de mármol. Así han debido pasar de la visión á la piedra, el cuerpo de la joven arrebatada por el monstruo y el de esta enamorada leyenda, que se quita el seno desnudo la mariposa simbólica.

La melodía infinita del ensueño romántico no ha encontrado en la escultura un medio fácil de expresión. El contorno seguro, la forma precisa, el límite implacable no permiten la manifestación de los matices vagos de la vida. Así para esculpir esos instantes morales que inseguros y vagos, se deslizan por nosotros sin suscitar, á veces, ni una ligera expresión fisionómica la sensibilidad visual del artista ha elegido el único punto escultóricamente visible, el vértice ilusorio formado por la inocencia que desciende al deseo:—Psyquis, ó por la ilusión que se quiebra en desengaño:—la Quimera. Hallado este punto plástico, el artista lo coge en su realidad temblorosamente inmóvil y prescinde de las líneas que caigan de él, abriéndose en un ángulo infinito. Dentro de la unidad de la vida, esos momentos del alma que se nos muestran con un ángulo en la luz y el resto de sus líneas interminables en la sombra, son tan bellos en su misterio, como esos momentos de la tierra, las cosas, que se adelantan de las obscuridades eternas mostrándonos bañado en claridad sólo el aspecto de su forma que podemos comprender y amar. Son gestos que cristalizan un instante de la vida, únicos, óptimos. Pero ¿cómo asirlos? Detenido ante la sucesión de los risueños y los dolorosos, de los idílicos y los trágicos, el pensamiento del artista esperará sorprender el que sintetice el rasgo moral que desea esculpir; pero, en el desfile mareante de relieves, contornos y significaciones, no siempre se insinuará el gesto necesario á la obra, el único, el punto escultórico en que la emoción que muere y la que nace se encuentran y se enciendan en un fulgor plástico que derrame su claridad sobre el conjunto expresivo del mármol. Le habrá sido preciso detenerse, esperar que se aleje el tumulto, para, clareada la

pupila, iniciar nuevamente la persecución visual del gesto sintético. Una lucha rítmica. Sólo el artista conoce el placer de estas insistencias, la alegría de estas heroicidades que, desplegadas en la busca del color ó el gesto único, son las fibras invisibles que unen la sensibilidad á la obra, la savia de claridad que hace sentir en los lienzos ó en los mármoles el latido silencioso de un corazón.

Estas luchas han sido la escuela de Nicanor Plaza. Hace un año, en su taller que se abría sobre la campaña florentina, modeló un grupo lleno de movimiento y armonía en el contraste de dos cuerpos desnudos: un joven de flexibles y fornidos músculos levantaba en los brazos el cuerpo lánguido de una niña náufraga; su estatura parecía elevarse en el esfuerzo por sostener las formas de la niña, que caían sueltas, flácidas, exánimes. El grupo no satisfizo al artista, y en la decisión de su descontento, más ó menos caprichoso, lo destruyó. La visión primera se le había escapado. Su mirada no encontró en el grupo la forma de languidez y muerte en que debía sentirse el aliento del mar y un soplo de victoria trágica. El intento lo dejó obsesionado, y para huirlo, para orientarse de nuevo, tornó al reposo clásico, al modelado sencillo y sereno de un cuerpo que se desvía lo estrictamente necesario para dar color escultórico á su actitud de soñadora esquivez.

Sentada sobre ancho soporte, una joven de cintura y muslos cubiertos por largo velo que desciende en ondulaciones armoniosas, se echa ligeramente hacia atrás y apoyada en la mano izquierda intenta con la derecha, asir de las alas trémulas una mariposa que aletea sobre su seno erecto. En su movimiento de esquivez iniciado apenas, hay el miedo risueño, el pavor delicioso de lo que se teme y ama. El aleteo de la mariposa, leve y tibio, debe derramar sobre el seno desnudo la dulzura idílica de un beso. Un latido de aurora enciende la sangre de la virgen. Alarmada, desvía sin violencia, el busto; inclina la cabeza, mira; intenta coger cuidadosamente la mariposa y en este movimiento, nos muestra el punto en que palpitan dos alas.

La línea de gracia que dió el maestro á la figura, es tan animada en su reposo; corre con tan serena alegría por los contornos inmóviles que, siguiendo sus inflexiones y curvas, nos alejamos del pensamiento creador y nos entregamos á la dulzura de la forma bella, al gesto de abstracción placentera, al escalofrío del seno erecto bajo las alas trémulas, á la blandura con que el busto se inclina en la desviación risueña, á la caída del velo en ondulaciones amplias... Pero, agotada la línea, ídas las sorpresas del relieve, conocido el encanto de los contrastes, sentimos la sed de lo ignorado, deseamos cambiar el punto de la visión; buscamos, y un instante después, hallado el nuevo término de apreciación, nos

retiramos de la figura para que su plasticidad resulte menos realzada y podamos recibir la impresión del claro-oscuro escultórico con todas sus energías y delicadezas de penumbras, blancuras y sombras.

Mirada así, casi perspectivamente, la joven se delinea, se modela en claridades y obscuridades leves, unidas, esfumadas en la variedad expresiva de los planos. El relieve se levanta, desciende y se plega, y el vacío se ahonda, se desvía y se pierde sin que uno ni otro provoque en su desenvolvimiento modelador, ni un toque violento de luz ni una mancha profunda de sombra.

En el fondo sereno de la atmósfera fría, inmóvil, blanca, el dibujo espiritualiza las formas. Es un estudio de claro-oscuro en que la línea estampada ó el trazo vigoroso, indica siempre el sentido de los planos y en que, desde cualquier punto de vista á la distancia, el efecto expresivo es el mismo: ligero, delicado, sin contrastes súbitos, sin nada que turbe sus melodiosas degradaciones de obscuridades y blancuras. Después del movimiento y de la luz, la idea. ¿Revela la actitud de la joven el carácter histórico del mito?

Si no ¿qué nueva interpretación de la leyenda es ésta que modifica las innumerables interpretaciones anteriores hechas por la línea, el verso y el color? Si hay un tema que haya sido copiosamente tratado por los diversos medios de expresión artística, es el mito de Psiquis. ¿A qué indicaríamos la variadísima serie de interpretadores que ha tenido, desde los poetas á los escultores? En todas las obras, en el lienzo de David, en el mármol de Canova, en el poema de Laprade, se ha mantenido la leyenda griega, la clásica, la que recogió el escritor africano Apuleyo; pero ninguno de los que pudieron llegar, llegó á la leyenda, alemana, á la romántica, la que celebró el poeta bávaro Eschenbach.

La época, la decoración, los personajes son sin duda distintos en el mito helénico y en la saga teutónica; pero la idea original es la misma, el germen, uno. Llevada dulcemente por Céfito, mensajero del amor, Psiquis llega al collado donde el oráculo apolíneo ordenó dejarla. Sola, circuida de antorchas humeantes, espera y sueña; luego, bajo el rumor de la floresta sagrada, avanza, penetra al santuario del dios, respira el aroma de las murallas de cedro, se deslumbra con el brillo de las columnas de oro. Después en el misterio, en la sombra, conoce el amor. Más, las hermanas de Psiquis envidiosas, deseando saber quién es el poderoso

y de qué país y ley, niegan que sea un dios joven que agota el día en los placeres de la caza montañesa, en los peligros alegres de las aventuras cinegéticas, y dicen á la joven que su amante es un monstruo serpiente, un dragón que con ondulaciones sonoras, cruza todos los días las aguas del río y las marañas de la selva. Psiquis, seducida por la curiosidad culpable intenta ver al monstruo y sorprende el sueño de un dios... Roto el misterio, el amor se vá, desaparece en el silencio de la noche, en la dulce claridad de las estrellas griegas. ¿Cómo llegó este mito clásico pagano á transformarse en leyenda romántico-cristiana?

El caballero de armadura de plata y trompa de oro que llega en el momento épico de la leyenda, en cisne níveo, ruega á la enamorada no preguntarle ni su raza, ni su patria, ni su ley. Elsa murmura una promesa que se pierde en los rumores del Escalda. El paisaje sonrío. Hay luz en las aguas y esperanza en los horizontes. Pero después, en la hora nupcial, cuando los amantes sienten subir por la ventana abierta de la cámara gótica el effluvio de las enredaderas, ven el latido de los astros lejanos y se pierden en la visión blanca y sombría de los castillos amberceanos bañados por la luna, la mirada de la joven cae como luz en el misterio del héroe, Elsa llega al corazón de Lohengrín. Ya no es posible el secreto; el caballero de armadura de plata hablará; pero se alejará para siempre, volverá sin atender á sollozos ni á lágrimas, al reino de las claridades místicas, á la cumbre sagrada en que, bajo el arco de un templo, se guarda el vaso en que José de Arimatea recogió la



MISERIA

sangre del Calvario. Lohengrín es caballero del Grial.

El mito griego, venido tal vez de tierra egipcia, revive en la leyenda teutónica. La mariposa en que aletea un alma se convierte en el cisne en que duerme un héroe; pero en una y otra, bajo símbolos diferentes, se encierra al mismo fondo humano. No hay que romper el encanto, no hay que ir con paso de tentación á clarear, ni dentro ni fuera de nosotros, la obscuridad en que sintamos un arrullo: no hay que rasgar el secreto en que germina nuestra vida íntima ni el silencio en que se aman los colores y las formas de la naturaleza; no bajemos con luz á los rincones de lo inconsciente donde se alimentan de misterio nuestros más hermosos sueños y no llevemos en alto la llama de ningún pensamiento cuando nos internemos en la selva de las cosas, porque alejaríamos la magia de lo ilusorio que ellas necesitan para hacernos sentir en sus rumores el latido de un

corazón... Hay que darse al prodigio de la luz, entregarse al portento de la forma, arrodillarse ante los pliegues del velo físico, creer en la mentira blanca de la espuma, en la mentira azul del cielo. Nuestro instante de vida, al caer á la eternidad como lágrima al abismo, debe reflejar, sin comprender, la alegría temblorosa de las estrellas.

Nicanor Plaza no se detuvo en estas significaciones; las modificó, amplificando el mito de la mariposa, en Psiquis, como había amplificado el mito del dragón, en la Quimera. Su cincel ha ido á los dos extremos de la fauna mitológica, á la temblorosa levedad del insecto y á la pesada gravedad del monstruo. Más, en la interpretación escultórica de estos dos símbolos, no se ha detenido en el sentir de los antiguos. Primitivamente, para éstos, el alma era una mariposa y el instinto que la impele á la claridad fué, poco después, para los neoplatónicos, una promesa de vida futura. La vida era la gestación de las alas. Nicanor Plaza ha extendido el concepto clásico. No ha modelado una obra más, sino una obra nueva en su sencillez concretadora de reminiscencias helénicas. La mariposa es el primer latido del deseo; el primer alarma de la sangre virgen. La joven quiere alejarlo, pero lo hace tímidamente, con la soñadora irresolución de quien no quiere ahuyentar el encanto, alejar la dulzura en que la envuelve el aleteo anunciador. Su cuerpo, al esquivar la mariposa, se desvía apenas, casi diríamos que no rehuye el contacto del insecto sino que espera y atiende para sentir más deliciosamente el aleteo simbólico, la llegada embriagadora de la vida. Su sangre ha sentido

la primavera. El deseo ha florecido y, voluble y aligero, tiembla sobre su seno de nieve como una mariposa de sol.

El artista ha dado al mito griego su última etapa. La mariposa es un instante. El polvillo de su alas es polen de vida. Aún extinguido el rumor de su vuelo y desvanecido el iris de sus colores, el seno que recibió el germen de alegría misteriosa late y cada latido, al levantarse, lo enciende en la luz. ¿De dónde vino el instante alado? ¿Qué lo guió en su camino aéreo hasta posarse en el capullo de una vida? ¿Cómo pudo defender de las brisas sus partículas de primavera? ¿De qué soplo de aurora tomó el contacto primero, el impulso inicial de las corrientes vitales que diluyéndose en la sangre de la joven subieron hasta el punto idílico del seno, para suscitar en su blancura el florecimiento de la nubilidad? El instante rosa llega; es el que sorprende y embriaga, el que insinúa la primera nota de palidez y se lleva la primera nota de rubor. El artista lo ha tomado en su movimiento de instantaneidad; en su chispa

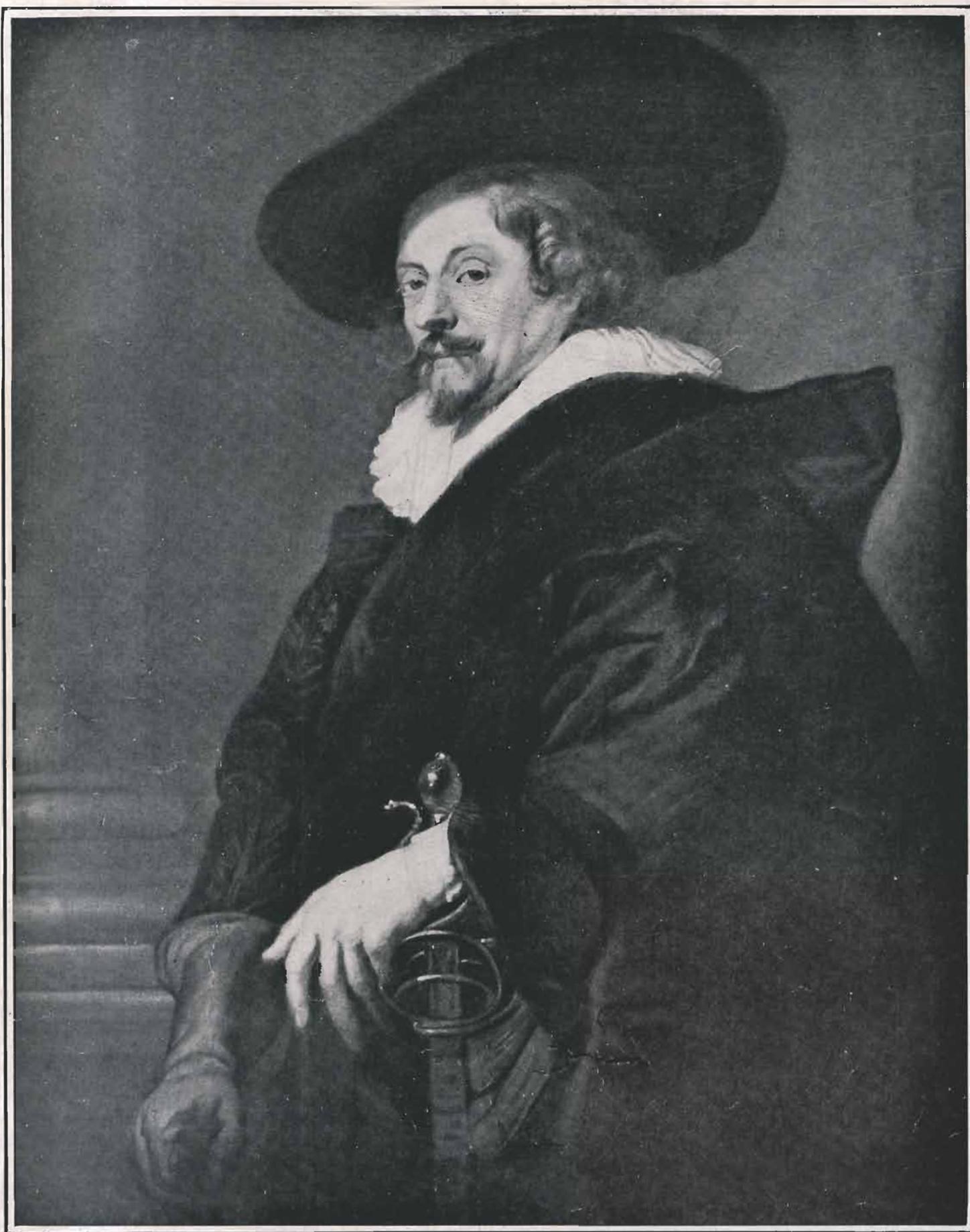
de gracia, en su aleteo de fulgor. Desentendiéndonos de algunas durezas anatómicas, el cuerpo de la joven es de suave y perfecto modelado, desde la sombra de los párpados caídos á la luz de las rodillas dobladas. La línea de serena esquividad se mantiene, domina, rige el despliegue de las formas armoniosas. Es lo intenso abstracto en lo sencillo plástico. El maestro, que lleva los cabellos nevados por el polvo de sus victorias sobre el mármol, debe

haber laborado esta obra con una sonrisa en los labios, una sonrisa de placer. Cuando se ha descendido á los últimos círculos de lo íntimo y se ha subido á las más elevadas alturas de la contemplación; cuando se sabe cómo atere la sombra profunda de lo inconsciente y cómo que man las estrellas de los pensamientos augustos, se ama volver al punto perdido en que se inició la marcha, á las risueñas lejanías de la naturaleza inocente. Al hacerlo, el artista realiza una obra de insospechada trascendencia: humaniza su vida intelectual, trae el pensamiento á la emoción, baja el cielo á la sangre. Esta vuelta á lo único cierto, al latido íntimo, será la victoria del porvenir. ¿De qué han servido á la verdad de la vida las lucubraciones ultraterrenales? Un día, en las mesetas índicas, se descubre el fuego; la llama de oro indica temblorosamente las alturas, y el pensamiento del hombre, de espiral en espiral se pierde en la sublimidad mareante de la metafísica; luego, pavorido por la línea muerta del desierto egipcio, se arrodilla ante moles de piedras sagradas y se consume en la adoración de los misterios religiosos; y después, sintiendo la voz de la tierra en



PSYQUIS

los murmullos del mar, se prosterna ante los mármoles griegos y diviniza en sus blancuras la fuerza, la belleza, la luz. El mundo antiguo muere. Vienen otros días y otras esperanzas. El hombre anhela subir: siente en su alma un soplo de eternidad; luego, partiendo de la última ojiva de piedra, peregrina de ensueño en ensueño y por último, desorientado, no cree en el sortilegio de ninguna idea ni guarda en sus ojos la llamarada de ningún sol... Debe volver á sí mismo. El vuelo inmensurable que siglos tras siglos ha trazado la esperanza por las más ilimitadas curvas de los más lejanos horizontes, se detendrá un día sobre nosotros. Desengañados de lo infinito, volveremos al corazón; su latido nos hará sentir la única luz cierta, y atentos á sus ensueños, alegrías y vehemencias, viviremos nuestra vida, seguros de que, por esas misteriosas coloraciones de los estados morales, no tendremos más cielo que sus momentos celestes, más auroras que sus momentos blancos, ni más crepúsculos que sus momentos rojos.



RUBENS

RETRATO PINTADO POR EL MISMO A LA EDAD DE 60 AÑOS



Aspecto de la Plaza San Marcos después de la caída de la Campanila

Resurrección de una Obra Maestra

Aún no se ha olvidado la emoción que en el mundo entero se apoderó de los admiradores de Venecia, cuando se supo que una de las obras maestras de su arquitectura, la famosa *Campanila*, se había desplomado. Devolver á la ciudad de los Dux ese rasgo esencial de sus adornos, tal es la empresa que se proponen llevar á cabo con tanta ingeniosidad como ardor, los arquitectos italianos. Regocijémonos por ese triunfo de la voluntad humana sobre la destructora casualidad y que atestigüe en el pueblo italiano un tan noble salto por el pasado.

Hace ocho años al alba de una mañana de Julio de 1902, el barco que hacia el servicio de Trieste á Venecia, á través del Adriático, fue teatro de una escena rara. Estaba lleno de turistas, de extranjeros, de personas que no habían visto jamás la Villa de los Dux. Avanzaba tranquilamente y ya estaba á sólo algunos metros de su término. El cielo estaba sin nubes, el mar tranquilo y el silencio era sólo turbado por el ruido sordo de la hélice...

De repente un movimiento insólito de los marineros llamó la atención de los pasajeros y los alarmó. El piloto mandó llamar al capitán, los marineros corrían en el puente é interrogaban ansiosamente el horizonte. Llevaban anteojos poderosos, se discutía apasionadamente con grandes gestos y esa discusión en lengua extranjera con signos evidentes de sorpresa y de incertidumbre, era para los pasajeros un mal augurio.

¿Qué pasa? ¿Se va á estrechar el barco contra alguna

roca? ¿Se han equivocado de camino? Algunos pensaban ya en ceñirse la cintura con el salvavidas y otros á hacer el acto de contrición. Pero ningún vapor había tenido jamás en esos parajes travesía más tranquila y fácil. Ningún peligro los amenazaba. La sola

desgracia sucedida era una desgracia estética. Uno de los más bellos rasgos agregados por el genio del hombre á la figura de nuestro globo acababa de desaparecer. La víspera, el 14 de Julio de 1902 la Campanila de San Marcos, se había desplomado.

En este vapor que había salido de Trieste la víspera muy temprano ignoraban la catástrofe. Además nada hacía suponerla y los marineros sorprendidos de no verla en el horizonte, salir del mar y levantar hacia el cielo la torre admirable que desde hacia siglos anunciaba á los navegantes la presencia de su patria. No sabían dónde estaban... Esos venecianos no reconocían ya á Venecia...

Una maravilla que data de diez siglos atrás.—Esa Campanila ó campanario de la iglesia de San Marcos, de 98 metros de altura, coronada de un ángel con alas de oro, se levantaba á alguna distancia de la iglesia, en uno de los ángulos de la famosa plaza de San Marcos, no lejos del mar. Se sabe que en Italia los campanarios de las iglesias están generalmente separados, independientes de ésta y tienen la forma de una torre cuadrada. El de San Marcos era un cuadrado de 12 metros de costado defendida su base por una delicada construcción, una *loggetta* llena de obras de arte. Es uno de los caracteres de Ita-



La Virgen de la Campanila, grupo de terracota, o. a maestra de Sansovino, rota en 1600 por la caída de la torre (queda completamente restaurada menos el San Juan Bautista).

lia el poner sus obras maestras en plena vida habitual. De modo que paseándose en la plaza de San Marcos y dando de comer á las palomas que forman una especie de alfombra movediza en donde apenas se puede caminar, se podía al mismo tiempo estar admirando las maravillas de la logia. La verja de bronce cincelado, las estatuas de Apolo y de Mercurio y una admirable Virgen con el Niño Jesús y San Juan, de tierra cocida dorada por Sansovino.

Los primeros fundamentos de la Campanila, databan del siglo IX en el tiempo en que se construyó la primera iglesia para recibir los restos de San Marcos traídos de Alejandría en 928. La construcción de la Campanila, tal

como nosotros la conocemos, data del siglo XIV y duró cerca de cien años: de 1329 á 1417. El ángel dorado de cinco metros de alto que coronaba la torre y que era el primero en alzarse de los primeros y últimos rayos del sol, data de 1517. En fin, la *loggetta* fué al pie del edificio con todas sus obras maestras hacia 1540.

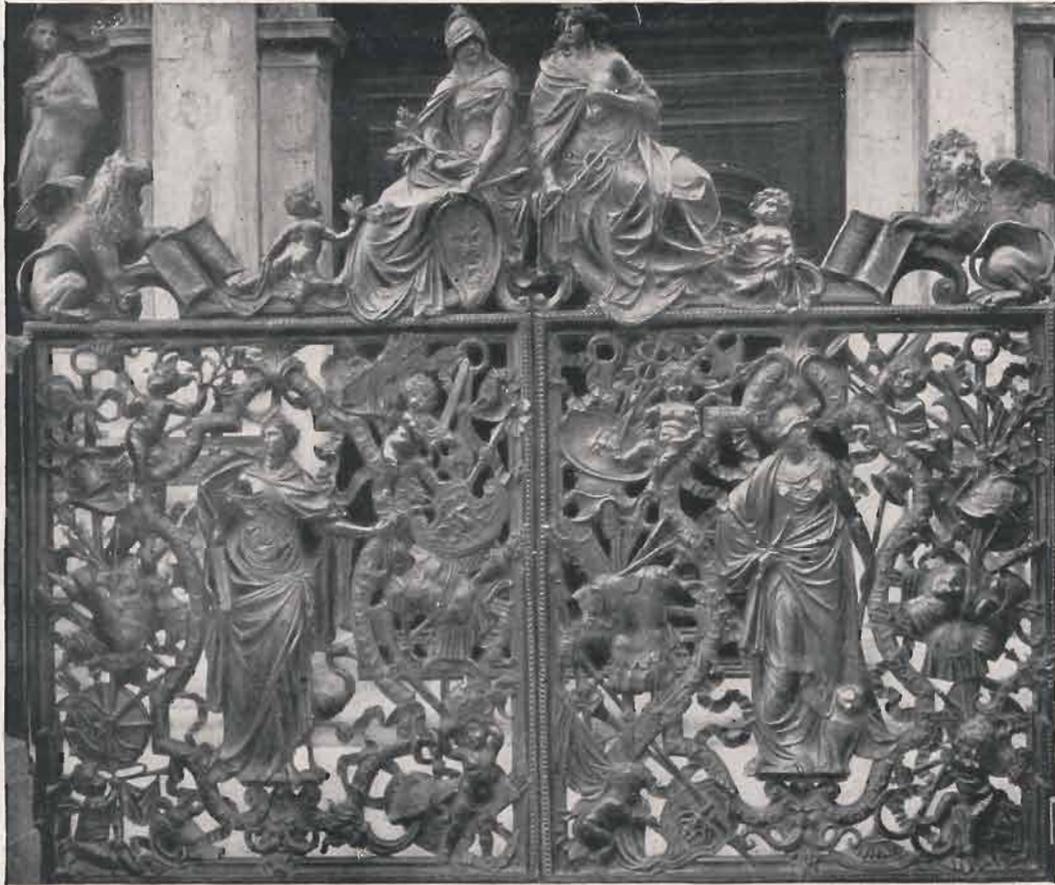
De este inmenso edificio, fruto del esfuerzo de tantos siglos y de tantos hombres de genio, admirado por millones de ojos, puesto en millares de cuadros, no quedaba más en la tarde del 15 de Julio de 1902, que una pirámide de polvo blanco, como el montón formado por un enorme salero volcado.

En el corazón de la antigua Campanila.—La construcción fué inmensa. El papa actual, de origen veneciano, encontró la palabra que expresaba el sentimiento del pueblo: "Che manca el patrón di casa!" dijo (¡El dueño de casa falta, no está allí!) y un viejo gondolero añadió en su dialecto: "Co passo es la barca

per el molo, mi struca el enor, bisogna che varda da zan Zorzi". (Cuando remo á lo largo del muelle, siento un golpe en el corazón y es necesario que vuelva la cabeza al otro lado hacia San Giorgio).

Tantos recuerdos que guardaba la Campanila de San Marcos! En esta ciudad de Venecia, que es una verdadera isla ó un agrupamiento de islas unidas por una plaza verdaderamente grande; la plaza de San Marcos rodeada de la iglesia, el Palacio del Rey, los Procuradores, el palacio de los Dux con todas sus obras maestras, la torre del reloj y las famosas columnas traídas de Oriente. Es allí donde fueron hechas las grandes proclamações, celebradas las victorias, allí donde

se ejecutaba á los criminales, que el Carnaval del siglo XVIII llegó á su apogeo: es el corazón de Venecia. La Campanila que se erguía allí había sido testigo de todos los fastos de la gran República:



Reja de la *Loggetta* modelada por Antonio Gaió en 1750

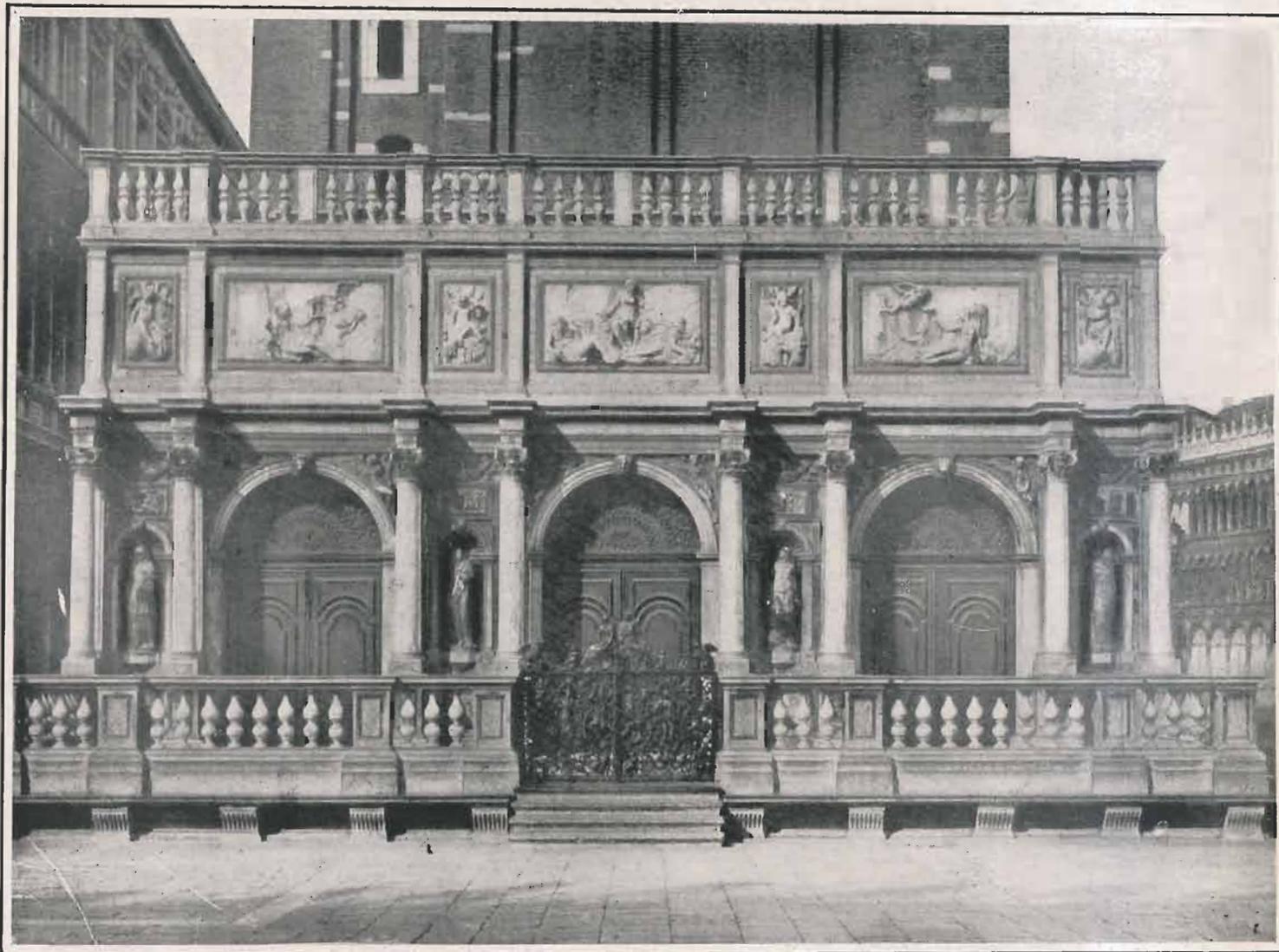


Minerva



La Paz

se ejecutaba á los criminales, que el Carnaval del siglo XVIII llegó á su apogeo: es el corazón de Venecia. La Campanila que se erguía allí había sido testigo de todos los fastos de la gran República: ella estaba asociada hacia muchos años á todas las impresiones de gozo ó solemnes de los ciudadanos. Los más pobres y los más oscuros, estaban orgullosos de esa obra maestra colectiva que no servía para nada, ni á nadie, pero que los ennoblecía á todos. No pensaron jamás que pudiese desaparecer. Es como si los parisenses viesen desaparecer el Arco de Triunfo. ¿Qué se pondría en su lugar? No hubo más que un grito unánime: "¡Es necesario reconstruirla!" Del mundo entero llegaron las suscripciones y de Roma, la reina Margari-ta, envió 250,000 francos; un banquero de Nueva York que lleva un gran apellido veneciano, M. Morosini, manda 500 mil francos, Guillermo II se suscribe. El dinero no falta, pero, ¿basta eso para



La *loggetta* construida por Sansovino en el siglo XVI y aplicada contra la Campanila y que fué destruida por la caída de ésta. Era un pequeño museo al aire libre, de estatuas y bajo relieves admirables



Apolo

un trabajo de arte? Se encontraron pues ante esta pregunta "¿se puede resucitar una obra maestra?"

Donde y cómo estaba.—Los italianos son extraordinariamente hábiles para remendar lo antiguo ó imitar al genio. Las imitaciones que mayor éxito han tenido y que han engañado á los expertos de toda Europa, han venido de Italia. Aplicado esta vez ese genio particular á una obra de restitución histórica y de piedad filial, debía producir los mejores efectos, y si la resurrección de una obra maestra fuese posible, era en Venecia que debía realizarse.

Para ésto, era ante todo necesario imponerse frente á frente del pasado una fidelidad absoluta. Ninguna pretensión de querer hacer mejor que los antiguos, ningún deseo de hacer algo nuevo: si se quería devolver la ilusión de la Campanila, la Campanila debía levantarse allí donde estaba y como estaba: "dove era et come era". Tales fueron las palabras de la deliberación del consejo municipal.

Exactamente las mismas formas, los mismos colores, los mismos procedimientos de ejecución. Era necesario que si Canaletto ó Turner Ziem ó Ruskin volvían á pasearse en la plaza de San Marcos, no tuviesen ni aún la idea de hacer alguna objeción, no encontrando nada cambiado al decorado habitual de su vida.

Para eso era necesario reunir los elementos indispensables á la restitución, sacar de los escombros todo lo que hubiese quedado intacto ó fuese remendable, buscar en los planos antiguos y fotografías las medidas tomadas á la Campanila, y en fin, sacar de las canteras ó de los hor-



Mercurio

nos de ladrillos los equivalentes exactos de los materiales empleados antiguamente. Una comisión compuesta de los señores Moretti, Donghi, Lavezzari, Manfredi y Orio empezaron á dilucidar la mayor parte de esas cuestiones, y el último arquitecto, M. Piacentini, ha abordado resueltamente los más problemas que se presentaban para la construcción. A esta hora puede decirse que se ha encontrado la solución y que la Campanila está de pie.

En las ruinas de una obra maestra.—Se registraron primero los escombros que formaban una pirámide. La alta torre no había caído á un lado y en blocs como caerían, por ejemplo, la columna Vandôme, sino que se había desplomado y como desmoronado en ella misma: apenas había mutilado el ángulo del palacio de los Procuradores, situado á algunos metros de allí y su caída había hecho el menor mal posible á sus vecinos. Se pusieron á rebuscar en ese montón de polvo ilustre. Era de verse á los arquitectos y á los arqueólogos, esos piadosos componedores inclinados sobre el montón de ruinas, formado por diez siglos llevando cuidadosamente pedazos de obras maestras, descubriendo las mellas de grabados efímeros dejados allí, por los contemporáneos de Carlomagno ó de Mahomet II.

Se sacaron de allí sucesivamente hechas pedazos las pobres alas del angel que se había cernido durante tanto tiempo inaccesible, en el azul y ya era ahora en el suelo como un aviador desgraciado: después sus manos enormes: después las cinco campanas, cuatro rotas y una intacta.

En este momento tienen la esperanza que la voz del pasado, milagrosamente preservada, continuará hablando en el mismo idioma á las generaciones venideras. Sacaron en seguida las aras de la Justicia colocadas en los costados este y oeste debajo de las campanas; encontraron los pedazos de la verja de Sansovino y de toda la *loggetta*. Desenterraron casi intactas, tres de las cuatro columnas serpentinas que estaban en medio de los arcos de la cámara de las campanas. En fin, sacaron de un laberinto sin nombre, la Virgen con el Niño y el San Juan, la admirable terracota de Sansovino convertida en 1600 pedazos. Por un milagro de ingenio se consigue pegar los pedazos de esta famosa Virgen, menos el San Juan irremediablemente perdido. La resurrección de este grupo de terracota puede ser citado como el más grande éxito obtenido en ese juego de "puzzle" que llaman "una restitución arqueológica" un puzzle gigantesco y sagrado.

Venecia se hunde en las aguas.—Llegaron á los cimientos. Allí encontraron una base de ladrillos que parecía remontarse á la más alta antigüedad y en esos monumentos indestructibles, no quedaron poco sorprendidos al ver impresas muchas patas de cabras y de perros: un rebañó había pasado sin duda cuando aún no estaba endurecida la tierra dejando para siempre sus huellas: en fin, se desenterraron las estacas en que reposaba la mole de la Campanila; esos troncos de árboles, enterrados en el mar sostenían desde hacía 573 años sin debilitarse su enorme peso.

¿Qué causa había en los últimos tiempos originado la catástrofe? No se ha podido saberlo con precisión, lo que parece cierto es que Venecia se hunde lentamente: se ha constatado que baja un metro cada 1,000 años, 10 centímetros por siglo. Por ejemplo, de cinco bases de piedra, dispuestas en gradas sobre las cuales estaba edificada la Campanila, no se era ya en el siglo XIX fuera de la tierra más que dos y media. Entonces se quiso saber si cuando se decidió reconstruirla "tal como estaba" se había querido decir "tal como había estado en el momento de su construcción ó como estaba en el de su caída". Después de discutir se decidió que se reedificaría según las proporciones de la construcción primitiva. Esto hará que ahora se

presente un poco más elevada sobre el suelo que lo que estaba antes.

Construcción antigua. Procedimientos modernos.—Se pusieron á la obra; lo más difícil fué el principio, la reconstrucción de los cimientos. Cuando se sacaban algunos restos de estacas, la tierra movediza del fondo de Venecia, como no es comprimida, subía. En una noche se hizo una inundación de lodo.

Habiendo sido resueltas las dificultades técnicas se tomaron las más minuciosas medidas para que el aspecto estético quedara fielmente reconstituído. Los ladrillos empleados en la reconstrucción, en un número de un millón, fueron expresamente cocidos en Casala, cerca de Treviso, con el mismo color y dimensiones de las antiguas: 30 centímetros de largo sobre 15 de ancho y 7½ de alto. Las 36 ventanas que dan luz á la torre son una fiel reproducción de las anteriores. De modo que todo lo que es visible ó "estético", todo lo que hiera á los sentidos, será idéntico á la antigua obra maestra.

Las únicas diferencias, son diferencias técnicas, ó de disposiciones de estructura interior.

Teniendo á su disposición los medios de construir desconocidos de los antiguos, como el fierro, los arquitectos se han servido de ellos para aligerar el peso del edificio y prevenir así un nuevo desastre. Ejemplo: la torre de San Marcos se componía de dos torres, una encastrada en la otra, y entre las dos subía no una escalera sino un plano inclinado por el que dicen, se podía subir á caballo hasta las campanas. Se cuenta que Bonaparte lo hizo. Esa torre interior alrededor de la cual serpentea el plano inclinado, era un bloe macizo de albañilería. Ahora ha sido reconstruida de fierro y unidos á los muros exteriores por tirantes que dan á todo el edificio una armadura sola más sólida y más ligera.

De la misma manera han aligerado muchísimo la flecha que corona

el edificio. Antes era una pirámide de albañilería hueca en el centro, según la forma de un cono, pero maciza en los cuatro ángulos y esto sin necesidad. Eso será de aquí en adelante una pirámide de cemento armado, enteramente vacía, cubierta con las mismas planchas de cobre y de aspecto absolutamente igual al antiguo. Nadie notará el progreso técnico y el angel de oro que se erguira de nuevo en el azul no será menos triunfante, ni menos ideal, porque el progreso haya vaciado un poco su pedestal.

Un pueblo que tiene el culto de su pasado.—Así la obra maestra ha resucitado. Muy pronto hablará por la voz de sus campanas: nadie entonces dudará del milagro: milagro de ciencia, sin duda, pero también de ingenio, de paciencia y de amor. Para llevar á cabo un trabajo semejante, era necesario tener el culto apasionado de los italianos por cada una de sus pequeñas patrias y el desinterés que sus artistas y arquitectos ponen para embellecerla y conservarla.

Este ingenio cariño de todo un pueblo á sus monumentos se manifestó en una hermosa mañana de Mayo, hace un año, cuando las campanas, fundidas de nuevo en Santa Elena, fueron llevadas al pie del la Campanila á esperar el momento en que pudiesen izarlas en los aires. Apenas habían empezado á hacerlas resonar cuando estalló un grito en las calles que repercutió en toda la ciudad, á lo largo de los canales y hasta el fondo de las más apartadas calles: "¡Las campanas de San Marcos! ¡Las campanas de San Marcos!" y una multitud inmensa se precipitó de todas las calles hacia la plaza que en un instante quedó llena de gente como un mar de cabezas. Parecían como pequeñuelos abandonados que hubiesen oído de nuevo la voz de su padre. "El señor de la casa, según la expresión de Pío X, había regresado".

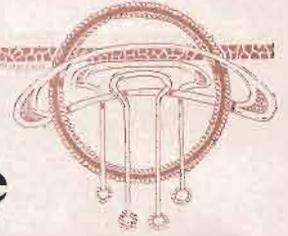
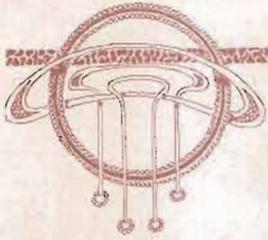


Las ruinas de la antigua Campanila. Fué el 14 de Julio que se desplomó este inmenso edificio producido por el esfuerzo de tantos hombres de genio y de tantos siglos. En pocos momentos sólo quedó de él una pirámide de tierra.



LOS REGALONES

CUADRO DE ARTURO J. ELSLEY



Breviario de una vida honorable

PALABRAS A LOS ESTUDIANTES



ÉSTA será la última clase del año; ésta será la vez última también que oigais mis severas y amables palabras en ésta, para nosotros, aula bien amada. Ya sé que después iréis los unos por el norte ó por el sur, los otros por el oriente ó hacia occidente, á correr tierras, á peregrinar por todos los caminos de la vida. Me viene, ahora, á la memoria aquel principiar del cuento que me referían dulces labios maternales en la casa insular, en un rincón del jardín, bajo una frondosa madreSelva lujosamente florecida, en la hora más bella del crepúsculo vespéral.—Este era un hombre que tenía tres hijos y que vivía con ellos en un claro de la montaña. Los niños, cuando pequeñines, no hacían más que retozar y corretear, mientras el padre trabajaba en las fatigas de la labranza, y después, ya más crecidos y fuertes, daban un poco su ayuda al sembrador en los surcos. Miraban el florecimiento blanco del alba y al sol que después se abría como un gigantesco abanico de oro, que abarcaba todo el alto monte, más allá del gran mar en calma; miraban silenciosos, errante el pensamiento por indefinibles vaguedades misteriosas, con el corazón palpitador poseído y lleno de unas ansias extrañas, imprecisas ó tenues. “Padre, dijeron un buen día, ¿qué hay más allá del mar y al otro lado de ese monte?”—“El Mundo”.—“Pues bien, nosotros queremos ir á conocer ese Mundo; dadnos licencia para partir y echadnos á cada uno la bendición”. El sembrador en los surcos, se entristeció en su alma muy hondamente; mas pensando que ésta ley del Destino que los hijos dejen á sus padres en un punto de la vida, se recogió un momento en su corazón, ocultó más en lo íntimo su natural pesar y abrazó á sus hijos uno por uno, les otorgó la licencia que le pedían y antes de echarles la bendición les habló, sin ser más que un humilde sembrador en los surcos, cosas sencillas para prevenirles de los peligros en los caminos de la vida, les dijo cosas sencillas que brotaban en sus labios desde la flor de su alma y de su corazón...

Vosotros también sois un poco mis hijos y en el momento de vuestra partida quiero deciros mis más sinceros pensamientos. La vida que está más allá es buena para todo corazón amoroso y justo, para aquel que logra conservar por encima de todo un inocente candor y una pura ingenuidad. El agua cristalina del remanso retratará fielmente el cielo azul y las serenas estrellas; mas si por encima de su espejo pasa toda una caravana de nubes grises, ni un ápice logrará enturbiar ni amenguar su diafanidad y su pureza. Pero en un principio la vida gusta mostrarse en sus dos aspectos de facilidad y alegría, de obstáculo y trabajo. Tenga, entonces, cuidado el que ha de elegir, porque de esta elección dependen los claros días serenísimos y la eternidad de la malaventuranza. Por un capricho inexplicable aún, ella lleva en una copa argentina, áureamente filigranada, el licor que seduce por su apariencia y grato perfume; pero cuidado! porque es amargo, salobre como un ancho mar de lágrimas. Es mejor tomar el camino pedregoso de la vida, en el principio. ¿Tienes tú valor para ir sin que temas las lastras filosas que herirán tus pies? ¿Tienes tú también entonces un corazón valeroso? Bien; al socaire de esa montaña está el dragón de siete cabezas con las abiertas fauces. No le temas, porque es sólo aparental, y si le desafías

y pasas con una gentileza dominadora, entrarás en la vida que te esperaba amable, buena y hermosa, como una ciudad encantada que se ha desencantado por tu virtud, y serás de ella el señor y rey. Pero, no has hecho esto si no te has dejado seducir por la brillante copa de argento, filigranada áureamente, y por el licor de tan rico perfume. Perecerás, aunque vivas. En el trabajo, en el esfuerzo sistemático, en el sacrificio está el triunfo; porque trabajo, esfuerzo intenso, sacrificio, son los que mantienen en la vida el corazón amoroso y justo, el inocente candor y la pura ingenuidad.

En “Las Zahurdas de Plutón” dice el moralista Quevedo, que es angosto, *que no admite encarecimiento*, el camino de la virtud; que por el de la izquierda van “las carrozas cargadas de competencias al sol en humanas hermosuras, gran cantidad de galas y libreas, lindos caballos, mucha gente de capa negra y muchos caballeros, mercaderes, “joyeros”, y que en todo lo largo de este camino menudean” las ventas y los bodegones, no menos que las mulas de los médicos y las barbas de los letrados”. Hay que apartarse de esta senda que es la que lleva á las moradas de Plutón, moradas de abominación, de pena y de mal. Sí, son muchos en el mundo, el mayor número, los que siguen “las carrozas cargadas de competencias al sol en humanas hermosuras”; ellos se manifiestan alegres y risueños, en un perpétuo holgorio; pero es la verdad que en su interior no llevan sino desolación, vergüenza y recriminación por la inutilidad de sus días; son muy dignos de lástima vistos por dentro. Son unos infelices que están atormentados por la banalidad del presente en que se agitan y se sumergen más y más cada hora, y que no encuentran jamás novedad ni calma en los deleites con los cuales están ahitos. Cuán distinta cosa tendrían si se procuraran los altos goces del espíritu, esos puros deleites que manan de la práctica misma de la virtud, del trabajo y del esfuerzo. “Todos los deleites del mundo son torpes ó vanos; mas los deleites espirituales sólo son alegres y honestos, engendrados de las virtudes é infundidos de Dios en los corazones limpios”. Estas son las palabras, que hago mías, de Kempis en “La Imitación de Cristo”. Y los deleites espirituales se multiplican en las asperezas de la ascensión hacia el propio perfeccionamiento, y nacen á cada paso de ella, tantos, que estas asperezas dejan de ser tales, y la angosta senda se torna amplia y espaciosa hasta tocar la cumbre. Desde aquí se asiste al triunfo con el íntimo convencimiento de los propios valores y se contempla, allá abajo, muy abajo, agitándose, vana ó desesperadamente, á los pusilánimes, á los enclenques, al pobre rebaño humano sin dirección y sin guía.

Amigos míos, y hay que vivir para uno mismo y para los demás. El egoísmo no es censurable cuando de él nace el Bien y sirve para hacer el bien. Si atiendo á mi propia satisfacción de una manera alta y noble, me fortalezco en mí y practico una virtud; más si mi acción benéfica alcanza á los demás y se ejercita en su provecho, soy yo doblemente virtuoso y por esto mismo me hago acreedor á un doble aplauso, el mío y el de las gentes que me rodean; aunque no sean éstas propiamente, sino las distantes, las que participen de las bondades de mi acción ó de mi obra. Y no se debe pedir más. Esperar la devolución de un beneficio, si quiera sea en una parte mínima, es una insensatez: es confesarse en el mismo nivel de aquellos á quienes se supera



LA LECCION DE MUSICA

CUADRO DE LAURET

(Museo del Louvre)

por haber realizado en su provecho la obra bondadosa que ellos no pudieron, ó no supieron realizar. En este caso el desprendimiento inmediato y un desdeñoso gesto de generosidad, dan la medida de la cantidad de hombre superior que hay en cada uno. Aquí está la abnegación. Ahora, se supone que en un día tormentoso, cuando rugen enfurecidos los leones de los vientos y se hinchan enormemente las mareas del mar con la respiración fatigosa de su ira, cuando el barco se desencuaderna contra los arrecifes y los naufragos que aún perduran en las crestas de las altas olas, dos ó más naufragos, se debaten en una ansiosa lucha mortal, se supone que bravos hombres avanzan en un esquife, desafiando toda furia de agua y viento, entre el asombro temeroso de la muchedumbre de la playa. Logran estos

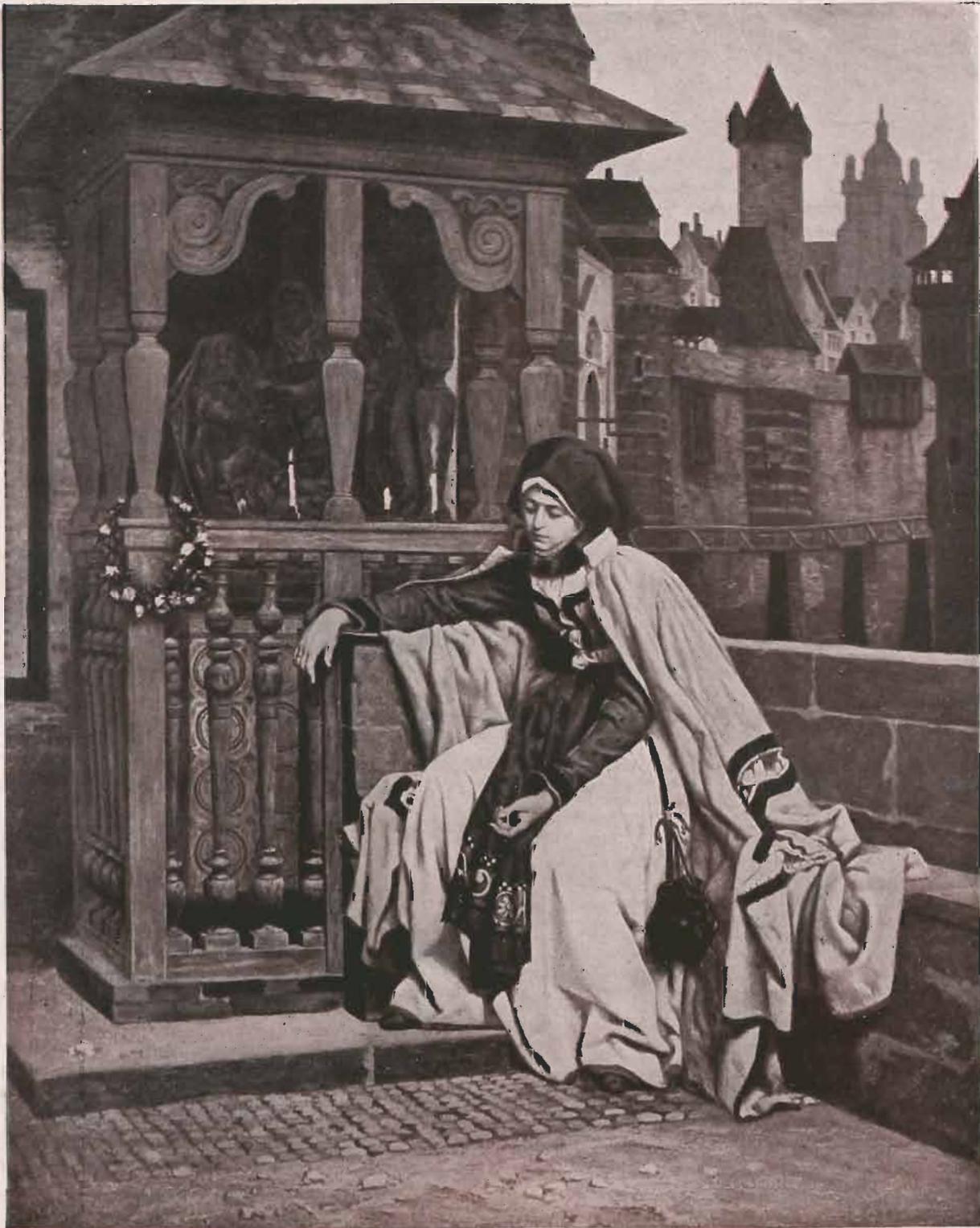
valerosos salvar á aquellos y se hacen acreedores á la admiración más entusiasta y al reconocimiento más profundo de los que salvaron la vida. Pues bien, tales valientes harían mal si exigieran que la admiración de los unos fuese más allá, ó que el reconocimiento de los otros se tradujera en otra cosa distinta. El mayor premio para ellos está en la personal satisfacción, en el triunfo de sí mismos, dominadores en un momento del más poderoso de los instintos de la especie; el instinto de la conservación propia. Hacer, pues, toda obra buena, toda noble acción, para halagarse con la más hermosa de las vanidades: la de saber hacer el bien por el Bien. No haya otra retribución.

Es loable dirigir una cierta suma de acción á la conquista del oro, de una manera sostenida y noble. La riqueza que

se adquiere con los honrados trabajos, en una caballeresca lucha de esfuerzo, de energía y de competencia, es un gran bien. La riqueza es un signo de poder. Pero no debe ser amada si no nos sirve para mejorarnos material y moralmente, y para dar una hora, ó una existencia buena á los demás. La pálida avaricia y la incongruente dilapidación son igualmente intolerables. Pero yo digo en verdad que una mano dilapidadora de bondades puede estar bendita si la gobierna Dios: *El cura del Pilar de la Horadada— como todo lo da no tiene nada.* (Campoamor). Mas no hay que tomar esto al pie de la letra, que ya dijo San Pablo que ésta mata y que el espíritu vivifica. Ahora hay que declarar que es un hombre despreciable el que por engaño ó fraude busca la riqueza, porque la que se obtiene así, es fuente de indignidades y de asquerosas abyecciones. Emerson ha dicho que la pobreza desmoraliza; mas, también con

el mayor fundamento puede decirse: la riqueza desmoraliza; y esto, ¡oh, dolor! es lo que con más frecuencia ocurre hasta ahora, porque aún el hombre no se ha despojado de su máxima cantidad de bestialidad. Y desmoraliza de una manera terrible, ¿no es verdad, sensualista, indiferente epicúreo, desfacedor de vírgenes y permanente piedra de escándalo? Las relucientes llantas de tu auto están salpicadas con sangrientos cuajarones. Eres un demonio porque no sirves sino para hacer el mal, á tí mismo y á los que te rodean, porque eres un sembrador de odios, y no ves cómo los labios exangües, así desfallecientes, se entreabren para maldecirte, y las pupilas se te clavan brillantes de amenazas y los puños cerrados se alzan sobre tu cabeza para golpearte, para aplastarte como mazazos, para aplastarte como á una miserable alimaña nociva y repugnante.

Por esto á vosotros que me escucháis, os debe interesar



MARGARITA

CUADRO DE GASTON J.A. TOUCHE

en muy alto grado mañana, la disminución del horror que hoy lleva la vida por culpa de la riqueza; porque aquí en nuestro país, aunque no con tanta gravedad como en otras tierras, origina una irritante desigualdad social y engendra, por su mal empleo, las justas indignaciones proletarias. Tenemos en cerner un problema social que resolver. Ya es tiempo de estudiarlo y de buscarle una solución humanitaria en el alto sentido de esta palabra. En los barrios pobres donde los conventillos se alargan y retuercen como culebras, en los cuales un aire malsano asfixia, y animales y niños se solazan en un mismo basural y en la misma búsqueda; ahí donde toda alma buena naufraga y todo rayo de luz se enpalidece de lástima y conmiseración, ahí, en verdad os digo, podeis realizar una gran misión redentorista, de cuerpos y de espíritus; ahí podeis conjurar el peligro futuro que no derivará sino de las malas condiciones de la vida de hoy, de causas meramente económicas. Podemos decir hoy lo mismo que Tiborio Graco: "Las fieras que en Italia viven tienen cada una un sitio donde guarecerse y echarse; pero los que por Italia combaten y mueren, nada más que de aire y de luz disfrutan, y vagabundos y sin hogar caminan con su mujer y sus hijos". Y cuando ya estaba consumado el envilecimiento de los que se llamaban orgullosamente los señores del mundo, por el acaparamiento de las riquezas de todos por unos pocos cultivadores de bestialidad y de ignominia, hay que recordar que esos hombres rudos y groseros, de relampagueantes ojos codiciosos y largas melenas, pasaron su raso nivelador por todo el haz de la urbe romana. Yo creo que no sería una mala fórmula ésta: *A cada uno según sus necesidades*, para procurarnos y procurar á los demás una vida buena, amable y fraternal. Puede, pues, resolverse el problema por solidaridad humana, no por la caridad, sí por religioso amor humano.

Quien cumpla así lleno de amor á Dios, á sus semejantes y á todas las cosas de la vida, hasta las que aparentemente son inanimadas como las montañas y las soledades, se verá que es un hombre completo y que cumple bien el fin de su existencia. El hombre debe ser religioso y en el secreto de su corazón más particularmente, mejor que en voz alta, y en las publicidades de la sinagoga, debe dejar que se viertan los arcaduces de su ternura, de sus sueños y de sus ansias por la majestad divina. Nuestra religión debe ser la del amor á Dios y á sus creaturas del cielo, de la tierra y del mar, y también á las que están debajo de la tierra y de las aguas, y á las que están en lo misterioso y á las que están en lo innominado. Nunca ceñireis la espada para imponer á otro hombre vuestra concepción de lo alto. Los tiempos de las barbaries religiosas no son, por fortuna, los en que vivimos. Dios...

"Iris de santa paz en la contienda,
sé que extiende sus brazos redentores
para estrecharnos con amor profundo,
¡ay! pero no para oprimir al mundo".

Yo no predico la indiferencia; soy apóstol de la tolerancia. Tengamos siempre presentes los admirables decires del ilustre católico Lamennais:—"Sólo se comienza á perseguir cuando se desespera de convencer y el que desespera de convencer, es que no tiene confianza en la verdad de sus doctrinas. La fe es hija del verbo; penetra en los corazones con la palabra, no con el puñal.—Jesús pasó por el mundo haciendo el bien, llamando á los hombres con su bondad, con su infinita dulzura.—No escogió verdugos para apóstoles.—El espíritu de Jesús es un espíritu de paz, de misericordia y de amor.—Los que persiguen en su nombre, los que penetran en las conciencias con la espada, los que para convertir el alma torturan el cuerpo, los que hacen correr las lágrimas en vez de enjugarlas, esos no tienen el espíritu de Jesús.—¡Desgraciado el que escribe la buena

nueva sobre una sangrienta hoja!" Grabad bien esto en la puerta de vuestro corazón y en el frontispicio de vuestras casas.

Hay que amar la belleza, las bellas manifestaciones del selecto espíritu. Una mente cultivada se afina para disfrutar del placer estético, no sólo delante de la obra de la naturaleza sino en presencia de toda hermosa creación humana. Reproducir la naturaleza material ó la inmaterial, ver que es algo que nos demuestra que tenemos también un celeste origen, la chispa prometeana que nos es común con los dioses. Tened cuidado con la atrofia de vuestro sentido estético, porque entonces estareis perdidos irremisiblemente, negados para esos deliciosos estremecimientos interiores, para las sutiles vibraciones placenteras de vuestras almas. Así como la fisiología nos afirma que órgano que no ejerce su función, desaparece ó muere, del mismo modo si el sentido de lo bello no se ejercita y cultiva en el hombre, éste se precipita al abismo de la más cuadrúpeda animalidad. Es terrible y lastimoso que el senador Pablo y el diputado Pedancio, así al igual del banquero Tripaplana y del Ministro Botapécunia, sean incapaces de conmoverse, ó de enternecerse, al oír una hermosa y dulce estrofa lírica, ó al contemplar la gentil obra pictórica sus grandes y claros ojos de buey parpadeen irracionalmente. Por de contado que amando la bella labor, la producción artística, hay que amar y considerar á la mente privilegiada que es capaz de daros ese placer estético, que vive, que sufre, que trabaja y se afana con todas las veras de su corazón, para regalaros esta flor de su ingenio, flor de un maravilloso color rojizo y blanco, del más delicado perfume espiritual, y en cuyos pétalos, que tímidos tiemblan, cuelgan cristalinas, como las perlas que prodiga el Alba, las blancas y purísimas lágrimas que trae aparejadas el alumbramiento de toda bella obra mental.

También es necesario predicar la seguridad en las propias fuerzas y en el propio valer. Cada uno debe considerarse como un dominador de cuanto esté á su alcance. Sólo logrará realizar su propósito aquel que de antemano lo mire realizado, desde el momento de su concepción, sin detenerse á considerar ni á contar el número de obstáculos. Y hay que tener presente que éstos han sido hechos para ser salvados, vencidos, y que cuanto mayor son en número, es mejor para la más alta valorización de la obra hecha. Apartense de delante aquellos que por un pueril temor, ó un vano miramiento, se paran á la mitad del camino á contar las dos lenguas de escoriales que les resta atravesar para llegar á la meta. Ved esta confianza del español Colón que le hizo descubrir la América, y la no menos admirable de los conquistadores que por su valor, y por su energía, más principalmente, tienen características de super-hombres. Cada uno debe pensar: Yo no soy menos que aquél; y después debe demostrar con un denodado esfuerzo que no sólo es igual sino que puede llegar á ser superior. Y tengo para mí que aquí está todo el secreto del formidable poder de esos americanos del norte que levantan ciudades destruidas, en seis meses, y cortan istmos, y todas las demás naciones de la tierra miran asombradas, con algo de temeroso respeto, como si atisbaran que esos reyes del acero ó del petróleo están acumulando no se sabe qué legiones de cataclismos ó de barbaries de la civilización. Sí, conciencia de las propias fuerzas, valor y energía hay que tener, y un gran respeto al derecho ajeno. El atropello y la violencia son contrarios á la justicia y al amor que deben ser muestras normas fundamentales, á la justicia y al amor que debe presidir todas nuestras acciones, á la justicia y al amor que son los mantiales de la paz y la felicidad.

Sabido es que una vida elevada exige grandes ideales; pero de todos ellos el que más importancia tiene, es el ideal nacional, colectiva aspiración hacia una patria grande, fuerte, rica y feliz. Hacia este fin deben encaaminarse todos los esfuerzos, hasta el punto de los sacrificios y de los marti-

CRISANTEMOS

Como beldad sin el encanto ardiente de la simpatía; como estatua primorosa; pero inexpresiva, son los crisantemos, esos pompones magníficos en la cámara de un caso de guerrero ó la abundosa melena de un poeta.

Descoloridos como la piel de una mujer gloriosa, ponen entre la cosmópolis revuelta y vibrante de los jardines la nota desvalada de sus medias tintas como si la nostalgia de su país distante, apagara los cromos en sus corolas despeñadas. ¿Los crisantemos sienten la ausencia de los horizontes patrios? ¿Extrañan el medio, los días tibios y agradables de la nación del Sol Levante con su cielo risueño y anegado de luz? ¿Les falta el calor acariciante y cariñoso del ambiente familiar del hogar nativo como á los desgraciados que llevan en el alma la congoja infinita de la expatriación forzosa de la comarca lejana donde llegaron á la vida y donde el corazón dialoga con cada cosa en un lenguaje inarticulado; pero dulce y alocuente?

Nostálgicos y tristes, inclinan levemente la corola como aquellos esclavos que abaten con trabajo su altivez orgullosa y erguida para someterse sin reserva á la coyunda implacable y constante de severa autoridad.

Si les trasplantó á regiones extranjeras y lejanas y crecen ateridos y demacrados con la resignación pasiva y dolorosa de avechía tropical aprisionada en una jaula entre las duras inclemencias de una tierra nebulosa!

Yo amo á los crisantemos por su aspecto pensativo y misántropo. Parece que ellos estuvieran permanentemente meditando en la fatalidad de su destino adverso y que comprendiendo la magnitud inmensa de su infortunio irremediable, horadan silenciosos su desdicha en la desolación horrible de su cautiverio. Allá, en otro continente, son señores opulentos y aquí, míseros proscritos; allá con ellos se entretejen guirnaldas para adornar á los pintados ídolos bajo la penumbra multicolor de las iglesias misteriosas, explenden en sitio de honor en las fiestas de lumbradoras de los palacios suntuosos puestos en grandes haces en jarrones que pisan en su arcilla delicada un capricho extraño de la fantasía valida de los orfebres japoneses ó las geishas diminutas y aéreas los colocan con gentil coquetería en el peinado invernal ó los prenden sobre el pecho, en la seda abigarrada y vaporosa del desdiseño y envolvente traje nacional. Aquí ni siquiera se les lleva en el ojal de la fúnebre levita ó del ligero vestón.

¿Quién se preocupa de esa flor desgremada y sombría como un ejemplar de herbario, que no tiene siquiera el perfume suave y dulce ni la gracia arayente y sencilla de las flores campesinas? La palidez anémica de sus colores, cual si una sorda enfermedad le fuera consumiendo la savia que alimenta su existencia, hace que los crisantemos tengan esa conformidad aparente de los desahuciados, esas tonalidades desleídas y opacas de flores desecadas en las páginas de un libro. ¿Qué otra flor tiene la pena brumosa é incurable de los crisantemos? Ni aún las violetas que quien sabe si por impulsos de pudor ó por dolores íntimos é inexpresados, tienden á ocultarse bajo el ancho refugio de sus hojas.

Los crisantemos son como estrofas de melancolía, sollozando en ese poema glorioso y regocijado de las praderas y de los jardines; son como la personificación del oído ingrató y rudo; son como viejecillas entamecidas entre toda una multitud de muchachas expansivas, á quienes anima y estremece locamente el soplo potente y fecundo de la juventud. Mientras las demás flores parecen reír y gozar, los crisantemos, como esos infelices que sueñan con un pasado riante y bonancible, que nunca ha de volver, tienen una expresión de honda tristeza que parece recordarnos que en medio de todas las alegrías de la vida hay siempre un pesar que viene á herir nuestro alborozo con crueldad mandita y sañuda. Triste destino el de esas flores palidas y pensativas, evocadoras de un mundo exótico y original!

¡Pobres crisantemos! ¿Quién se ha detenido, alguna vez, junto á ellos para compadecerlos? ¿Quién ha evitado palabras de consuelo en presencia de esos sonadores reflexivos y reconcentrados, siempre cabizbajos y doloridos, como doblados bajo la obsesión de un pensamiento amargo y fétido?

Las corolas de rojo que tienen irradiaciones de diamante entre las múltiples hojuelas que constituyen la flor, parecen lágrimas que arranca el desamparo de un ostracismo irremediable sin consuelo y sin término.

Flores melancólicas é inabundadas... Lejos de la región querida de la patria les queda solamente el proceso vulgar de la vida orgánica. Si el aroma de las flores es su alma, no la tienen entonces los crisantemos melancólicos? ¿Tienen ellos muerta el alma y por eso no regulan á las brisas las exhalaciones embriagantes que sus hermanas más felices les obsequian?

Desdichados crisantemos, sores sin alma, como beldad sin sentimiento! Pero no, los crisantemos tienen alma, un alma que no estaba hacia afuera en irrupción soberbia de perfumes y colores. En el desconcierto de su existencia faciturna, no parece sino que replegaran su espíritu en las intimidades más recónditas de su personalidad y que así alentarán, guardando, bajo un fornicante frío y desahucado, una vida interior palpitante y buldura. Y si algo dejan asomar de esa vida secreta é intensa, es la melancolía que los marchita y descolora y los presenta como flores de papel como el producto de una manufactura extravagante.

Así vegetan esas flores expatriadas, con su paciente mansedumbre, con su recogimiento místico y sus dobladas laxitudes. Flores enfermas y llorosas, en mí no se albugan otras más que ellas: llevo siempre en mi espíritu un jardín de crisantemos. Y quién no lleva siquiera uno de esas panojas desmayadas entre las flores alegres de su alma?

Crisantemos de luz desencajada y muriente, hechos con indecisas vaguedades de atardecer, con estumados tonos de acerpeja, con difusas pinceladas de borrosas lejanías, sois crepusculos de invierno convertidos en flor. Crisantemos atribulados y nostálgicos, que vivís pensando en vuestra tierra de donde os arrancaron una elega cruel, sois cual los poetas que sueñan y sueñan con quimeras é ideales, con anhelos ilusorios y esperanzas imposibles, con regiones lejanas y comarcas ignotas, tristes y desconsoladas al considerarse adscritas fatalmente á la gloria de esta vida tan prosaica. Y como los poetas, vivís con un vacío que no puede llenarse en vuestra alma, místicos y meditabundos, bajo la pesadumbre de un dolor muy íntimo y muy inmerso.

Crisantemos, yo os amo mucho porque tenéis la tristeza inenarrable y profunda del alma de los poetas y de mi propia alma.

GUILLEMO MUÑOZ MEDINA

rios también. El ideal nacional no debe posponerse jamás ni aún á las más caras afecciones, y si para su realización hay que sacrificar hogar y amores, debe uno desentenderse de ellos aunque el alma se desgarré y desangre. Debemos tener un ideal americano, derivado de la comunidad de la raza y de la lengua, de una perfecta solidaridad internacional; pero por sobre este ideal americano debe estar, muy alto, flameante como una bandera, el ideal chileno. Debemos tener la más perfecta conciencia de que somos en hispanoamérica los más fuertes, los más poderosos, los más industriosos, los más tenaces, los más heroicos, los mejores preparados para realizar en lo futuro los destinos de América. Yo creo que las demás naciones americanas estarán prontas á reconocer esto. Tenemos una historia grandiosa envidiable. Apenas en un siglo de vida libre hemos demostrado una formidable potencia para la civilización humana, no-

sotros solos, los chilenos, sin inmigraciones ni colaboraciones de extranjeros. Por esto podemos estar orgullosos de ser chilenos, y tenemos derecho para aspirar á un magnífico porvenir. No sólo tenemos el deber de acrecentar nuestras fuerzas y nuestra grandeza, sino también el de conservar en su prístina pureza é irreductibilidad las virtudes hereditarias. Sobre este cimiento debe levantarse la majestad de la Patria. Ved: si hasta esa misma cordillera de los Andes con todas sus altitudes que traspasan los cielos, parece estar diciéndonos: Hasta aquí hay que subir; aquí hacen sus nidos los cóndores.

Id, pues, á correr tierras y que Dios sea con vosotros!

A. BORQUEZ SOLAR

Santiago de Chile, Diciembre de 1910.



EL ABANDERADO

CUADRO DE REMBRADT

CONVERSANDO SOBRE ARTE

REFLEXIONES INSPIRADAS POR LA EXPOSICION DE BELLAS ARTES



RISTEZA del fin de las cosas! A la hora en que aparecerán estas páginas, los últimos cajones, conteniendo los últimos cuadros de los que compusieron la Exposición Internacional del Centenario, habrán salido del Palacio de la Plaza Francia. Ahora mismo, en es-

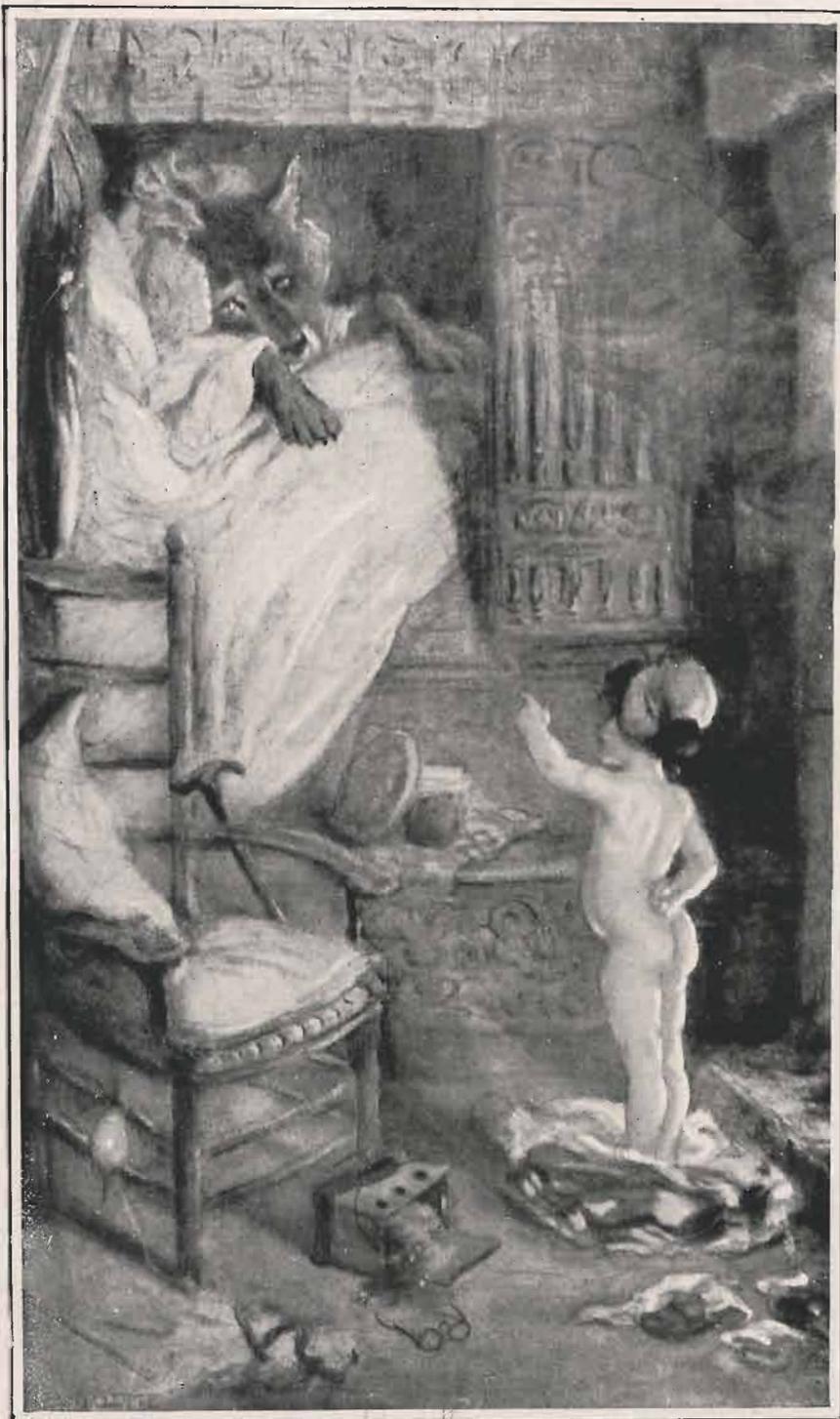
tas salas en que, ciertos Domingos, tuve la ilusión de encontrarme en el Salón de París, en que volví á oír este rumor tan peculiar de muchedumbre caminando lentamente en salas de museos, rumor semejante al de la marca, en estas alas vacías ahora y despojadas de las obras que cubrían las paredes, se oye únicamente el ruido de los martillazos que retumbaban en el gran silencio de la soledad y del vacío, clavando las tapas de los cajones llenos de cuadros.

Pero de estas obras, aún las que se van sin contar, las que felizmente quedarán en Santiago—dejan algo de ellas aquí: con su presencia durante varios meses, en el corazón de Santiago, la atmósfera santiaguina se habrá impregnado, se habrá saturado de algo más de arte y el nivel intelectual habrá seguramente subido.

En todas partes, es decir, en las grandes capitales, las Exposiciones Internacionales de Bellas Artes, sirven á dar al público culto del mundo entero, una idea del proceso intelectual de la evolución artística universal: lo que acaba de cerrar sus puertas habrá enseñado algo más, á una gran parte del público de Santiago: habrá mostrado á este público, muy preparado y ansioso de aprender—hablo de las personas cultas que no tuvieron ocasión de salir de Chile—habrá mostrado á este público, pues, lo que es una exposición de pintura moderna, en que todos los géneros, todas las escuelas, todas las tendencias están representadas.

Si no fuera más que por eso, la Exposición de Santiago habría tenido un interés muy grande; pero, para las per-

sonas que estudian y que saben ver, presentó también otro elemento muy interesante de estudio y de observación en la perfecta definición, diré aún caracterización, de las naciones que tomaron parte en este torneo, por el grupo de obras presentadas en cada sección. Al pasar la puerta de una sección á otra, se franqueaba una verdadera frontera, y de un lado á otro de estas fronteras, todo cambiaba, menos la materialidad de las telas y de las pinturas. Dígame si la atmósfera que se respiraba en la sala inglesa, por ejemplo, era la misma que la de la vecina, la española, y si de ésta á las salas francesas de más allá, no había también la diferencia que en la realidad existe entre los dos lados de los Pirineos! Y siguiendo, con el recuerdo, esta visita retrospectiva al Palacio, qué diferencia no podríamos notar entre el grupo alemán y el grupo italiano, y entre éste y la reducida, pero tan característica sección belga. En un artículo próximo sobre adquisiciones de los particulares y del Gobierno en la Exposición, estudiaré y analizaré con más detenimiento estas diferencias étnicas entre las manifestaciones artísticas de las distintas naciones y su relación directa con el carácter, las tradiciones y la idiosincracia de cada nación y de cada raza; pero hoy, en este artículo de reflexiones generales sobre la Exposición, quiero también señalar otro muy interesante tema para un estudio ulterior sobre las diferentes maneras de entender el arte ó, si se quiere, los *diversos artes* que existen—con el mismo modo de expresión—la



CAPERUCITA ROJA

CUADRO DE ADOLFO WILLETTE

pintura: el arte objetivo, el arte subjetivo (y el arte sugestivo) y, en fin, el arte decorativo.

Creí siempre (y recientes descubrimientos arqueológicos confirman esta creencia) que, desde las edades más remotas, existe el arte y que sus primeras manifestaciones fueron la forma objetiva al mismo tiempo que decorativa. El arte objetivo es el más sencillo, el más natural, el más inmediato:

procura imitar, reproducir un objeto que por su forma ó su color ha llamado la atención. Se comprende que los temperamentos de artistas embrionarios de la edad de piedra, no hayan buscado otro ideal, que la reproducción, por grabados en la roca ó en pedazos de huesos de lo que más les preocupaba, los grandes animales que los rodeaban; pero, por eso sólo, probaban que eran artistas, pues este afán, esta necesidad de exteriorizar sensaciones es el sello, la marca, primera del artista nato, que pertenezca á las épocas que llamamos bárbaras ó á las ultra-civilizadoras; lo que difiere es la cultura: el instinto es el mismo.

Después, y poco á poco, se produjo el refinamiento en la forma, la interpretación, la personalidad del artista apareciendo en la reproducción del objeto; andando el tiempo sino también la intelectualidad, la idea de representar un símbolo, y de época en época, de evolución en evolución, llegó el momento en que la "literatura" se mezcló tanto con la pintura que la ejecución material de ciertas obras de arte pasó al segundo término para dejar el principal interés á la *idea sentimental, filosófica ó metafísica* que quiere expresar el autor, con los pinceles en vez de hacerlo con la pluma... Me voy perdiendo, al parecer, en ciertas nebulosidades que se me antojan ya algo pretensiosas; pero todo eso es cierto, sin embargo, y en toda exposición de bellas artes completa, se ve que *todas* las evoluciones del arte, desde la forma más sugestiva, hasta la más metafísica, están siempre representadas y que, como en el público, las mismas diferencias de temperamento existen en estado latente, todas estas manifestaciones tienen su público y sus partidarios; por eso, también las discusiones sobre gustos artísticos no llegan nunca á ningún resultado, porque los interlocutores tienen generalmente un punto de vista enteramente distinto... y, por consiguiente, el lenguaje que habla cada uno de ellos, con la mayor buena fe y sinceridad, es casi incomprensible para los otros.

Eso no quiere decir, sin embargo, que la educación del gusto sea una cosa imposible: al contrario, no solamente es posible, sino que es indispensable; pero el gusto se refina sin modificar los temperamentos, que, lejos de eso, se afirman más con la educación. La admiración para los grandes genios podrá ser igual; pero las simpatías no se podrán nunca violentar y nunca nada hará que yo, por ejemplo, no me sintiera mucho más atraído por Velásquez que por Rafael, siendo mi admiración igual para los dos y, quizás, mayor todavía por el segundo. En la Exposición que acaba de clausurarse, el público tuvo amplio campo para manifestar sus aspiraciones y sus gustos y hemos visto que las obras de tendencias y de ejecución más opuestas, tuvieron sus partidarios y sus admiradores.

Naturalmente al público en general, al gran público, le gustan todavía los cuadros llamados "de género", las escenas de intención sentimental ó graciosa, pero este mismo público, sin embargo, cuando no hay el "tema" ó el "motivo" que perturba su criterio y atrae su atención por razones *extra-artísticas*, si así se puede decir, este público sabe comprender, presentir por lo menos donde está el arte verdadero y superior: ya ciertas personas se avergüenzan de lo que todavía les gusta y eso es un síntoma de que están ya bien preparadas para el arte superior. Y, en realidad, qué rápida es esta evolución y cómo se va extendiendo este refinamiento de la educación artística!

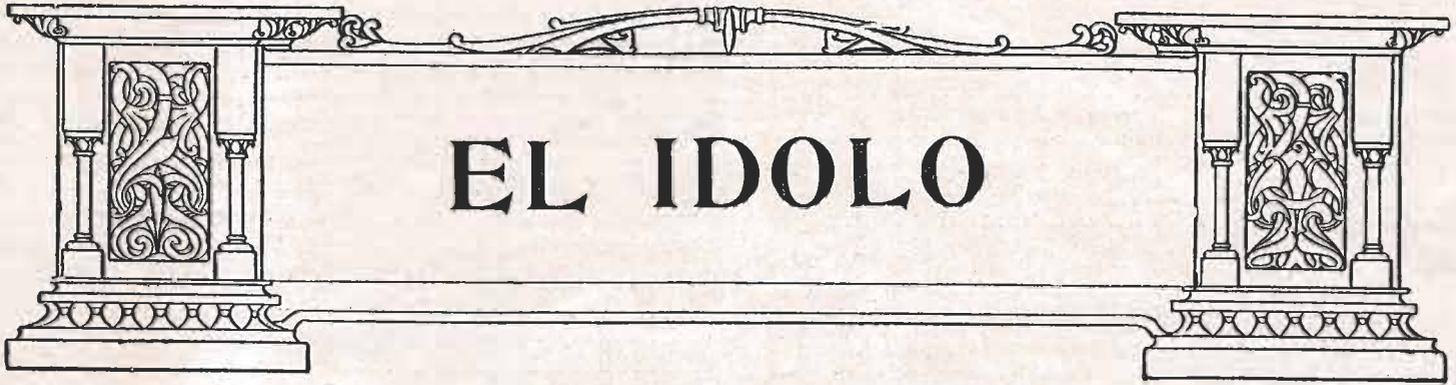
Hace veinte años, á penas, los llamados pintores impresionistas eran todavía unos "espantajos" para los "burgueses". Hombres graves y serios se enfurecían contra ellos... y ahora, ¿qué acabamos de ver en Santiago?... Las salas netamente *impresionistas* de la Exposición, las en que la mayoría de las obras pertenecían por su estilo, por su color, por su ejecución, á esta famosa escuela francesa, las salas de la sección norteamericana en una palabra encontraron á la casi totalidad de los visitantes! Eso prueba que, cuando las ideas están en el aire, ellas se extienden en toda parte y germinan, hasta en los lugares más alejados de los en que han nacido, y eso, de una manera en apariencia espontánea, por lo menos insensible; porque se puede afirmar que la inmensa mayoría del público que visitó la Exposición de Bellas Artes, no había visto nunca obras de esta escuela impresionista. Con la impresión producida por toda obra de

arte, sea pictórica, sea musical, existen dos elementos, el intelectual y el sensual; el primero es más general y el otro más personal; pero los dos son susceptibles de educación: sin embargo, la impresión que se dirige principalmente á los sentidos depende esencialmente del temperamento de cada persona; el primero de estos elementos, el intelectual, consiste, para la pintura, en la elección, en la composición de una escena sentimental, trágica ó simbólica para la música en la "romanza" en la frase melódica: el segundo es, en las dos artes, la armonía, el refinamiento de los matices; pues bien, es por este último elemento del arte que se desarrolla más el gusto y que se llega al verdadero refinamiento: efectivamente lo que procura sensaciones agradables á la vista y al oído, no solamente no cansa nunca, sino que cada vez atrae más y seduce más; una rica armonía de colores encanta el ojo del artista, aún sin necesidad de un tema determinado, un sutil acorde musical seduce al oído, sin que haga falta una melodía ó una romanza, diré más aún, toda romanza, toda *frase* musical muy marcada aún la que seduce más la primera vez, llegara muy pronto á cansar, si se repite sin cesar, y si se está apoyada por la riqueza de la armonía, mientras que la sensación agradable producida por la combinación de algunas notas armónicas sin forma concreta, no cansará nunca; por lo mismo, un cuadro que tenga por único atractivo un tema sentimental cursi, ó una escena demasiado graciosa, también llegará muy pronto á fastidiar, mientras que, para quien tiene cierta sensibilidad de vista, una armoniosa nota de color, aún sin que sirva á determinar una composición concreta, procurará siempre un gozo á los ojos: otra vez, ó para otros temperamentos, lo que seduce más es la combinación de las líneas, ó la distribución de la luz y de las sombras, pero el principio es el mismo, la sensación de arte—y esa es la que llega á ser cada vez más intensa—proviene de la impresión fuerte ó agradable, producida sobre los sentidos y de allí llegando al cerebro, ya es distinta del *interés* intelectual ó sentimental producido por el *tema* del cuadro, ó su composición concreta.

Sin embargo, eso no quiere decir que una cosa excluye la otra... lejos de eso! para que una obra sea completa, los dos elementos son indispensables; pero, *en ningún caso*, el lado puramente artístico, es decir, la armonía de las líneas y de los colores, debe ser considerado como menos importante que el tema del cuadro, sino todo lo contrario, el *tema* debe servir la mayor parte de las veces de *pretexto* á unas ricas combinaciones de formas, de colores y de luz: así y sólo así, nacerá una verdadera obra de arte. Naturalmente para que un tema merezca la pena de ser tratado, debe expresar ideas generales, sentimientos nobles, ó caracterizar y sintetizar épocas, regiones ó civilizaciones... Pongo completamente aparte de las reflexiones anteriores la pintura religiosa ó mística.

Por lo menos que el vals "L'Amour meurt" por ejemplo, que nos encantó tanto al principio, llega á atacarnos los nervios ahora, á todos; por lo mismo, la idea sola de pasar su vida entera delante de ciertos cuadros sentimentales que tienen éxito en los salones de pintura. "¡Pobre mamá!", "Al fin... solos!", "El primer beso", etc., etc., ó graciosos con frailes panzudos ó curas risueños, haría pensar en el suicidio... Por lo demás, gracias á Dios, esta clase de pseudo-arte, al cual la cromolitografía por el sistema homeopático, veneno contra veneno ha hecho una tremenda competencia, está ya en completa decadencia y va perdiendo cada día más el favor del público: los ejemplares que hubo de esta clase en las diversas secciones de la Exposición fueron escasos: en ciertas secciones no hubo ninguno, y casi todos, por lo demás, volverán, ó mejor dicho, vuelven ya á sus patrias respectivas, porque el nivel general de las compras hechas en Santiago, fué de un orden superior á la mayoría de las obras adquiridas, son verdaderamente y sanamente artísticas, demostrando así la alta cultura de los compradores.

Y esa fué la última enseñanza que nos dió la Exposición Internacional, magnífica prueba del admirable adelanto intelectual de Chile y que justifica ampliamente la opinión de los que consideraban que esta Exposición era ya una manifestación indispensable y que se imponía.



EL IDOLO

LA recogió con mano ávida y junto al corazón de amargos desengaños desbordante, la tuvo muchos años hasta que el rico perfume de sus pétalos ajados al calor de sus caricias desapareció: entonces la separó de sí. Pálida y herida entre las flores marchitadas que surcan las aguas cenagosas del voraz torrente Vida, se deslizaba blandamente hasta los mares misteriosos de la Muerte en cuyo seno encuentran paz los corazones quebrantados.

No lejos de una aldea abandonada de Dios y de los hombres de bien, foco de vicios innumerables y de innumerables miserias, se levanta una vieja casa gris rodeada de bosques y jardines. Festones de hiedra y madre-selva cubren sus murallas carcomidas; golondrinas esquivas anidan tranquilas á la sombra de su techo amigo; abejas y mariposas entran y salen sin temor por las grietas de sus ventanas rotas, desnudas de cortinas, parchadas de papel. Adentro, enormes piezas desmanteladas, llenas de polvo y telarañas, acusan la falta de la madre y por ellas en trajín sin fin, tras cintas, trajes, peinetas, encajes y juguetes eternamente perdidos, van y vienen los pequeños habitantes de aquel hogar: Patricia, la mayor, severa, activa é irreprochable. Marta, una niña locona, monona, dormilona, plácida é indiferente á todo. Maruja, de ojos de ámbar y parda melena enmarañada, golosa, risueña y perezosa. Magdalena, la imagen de la madre perdida, la flor entre esas flores; exigente, egósta y mimada. Hay un par de gemelos también, Galo y Mario, los camaradas, y Mara, la menor, una creatura débil, paliducha y pensativa, en cuya formación la naturaleza parece haber dejado fuera los elementos groseros, para hacerla toda alma. En el cuarto tranquilo y silencioso, donde los rayos de soles moribundos caen suavemente sobre su cabeza blanca y rostro enajenado, el piloto inconsciente del rumbo y tumbo de aquel bajel desordenado, de tripulantes voluntariosos y apasionados: el padre amado y amoroso, cuando alguna pena ó dolorcillo de sus hijos lo saca del aislamiento en que pasa sus días, el visionario inepto para la lucha de la vida, el hombre que el mundo juzga con dureza, porque el mundo nada sabe de su pasado ni de su extraña psicología.

En la cocina, Naña, la chola vieja, á quien la señora encomendará sus hijos antes de morir. Tranquila y paciente pasa sus días en interminables viajes de cocina á comedor, cubierta la negra cabellera, engrifada de tiesa gorra blanca, ancho delantal de cabeza á piés. Incansable para el trabajo, económica y previsora, vive para el amo y los niños desamparados y en recuerdo de la que amó; hace prodigios con las escasas provisiones de la despensa escueta. Nunca falta una taza de caldo para Magdalena, ni un engaño para los muchachos picaruelos con apetitos de zorzal. La Naña lo hace todo: cocina, lava y cose; hace las compras y el aseo, cuida á los que enferman y mimá á todos. Y como raras veces encuentra en casa á las mayores, acude á Mara para todo. A ella sí que se la encuentra siempre en el mismo sitio: sentada en un pisito junto á la ventana de su cuarto, con algún libro sacado á escondiditas de los armarios bien surtidos que el padre idolatra, entre sus manos pequeñitas, bebiéndose historias de razas y ciudades hundidas en las tumbas de los siglos; especulaciones áridas que ella apenas comprende todavía, de teólogos errados, teorías atrevidas de espíritus sedientos de verdad, creaciones fantásticas de cerebros extraviados; aventuras verosímiles é inverosímiles en tierra, cielo y mar, tratados de criminalología y medicina, vidas de mártires y santos y páginas lascivas de autores mercenarios, que no tardan en desbandar las ilusiones bellas que su mente de niña ha concebido acerca de la Muerte, la Vida y el Amor.

Pero ni su corazón ni su espíritu sufrieron al contacto de la Verdad amarga y cruda como es; al contrario, uno creció inmensamente y fué cuna de los dolores de la entera humanidad; el otro, como ave de las tormentas, ensayó sus alas sin temor, ganando fuerza y seguridad de sí en cada encuentro con el servilismo social y los prejuicios tradicionales que estrechan y mutilan la vida del sér racional y embarazan su marcha hacia el perfeccionamiento. Y adquirió, como viejo filósofo indiano, una serenidad imperturbable en la desgracia, una fé muy grande en sus propias fuerzas y mucha suavidad para con los demás á quienes miraba con indulgencia benévola como á ciegos. Su vida íntima era intensa y vivía á expensas de su cuerpo débil. A los trece años Mara era pequeña, delgada hasta la demacración y levemente gibada. Parecía una de esas flores que nacen á la

sombra de los nichos, privadas de calor, de riego y luz. No era hermosa: apenas se la podía llamar una belleza intelectual, cuya característica eran dos ojos glaucos insondables, en cuyas anchas pupilas luminosas pugnaba por mostrarse su alma bienhechora, sedienta de verdad y de justicia, nostálgica de amores terrenos imposibles, herida en la mañana de su existencia aciaga por las miasmas del pantano en que abrió. Con todo, andando el tiempo, muchos hombres la amaron bien y la ofrecieron el amparo de su nombre y techo, el fruto de sus esfuerzos y trabajo y el tesoro de sus corazones, porque tenía el encanto irresistible de esa fragilidad doliente que despierta los sentimientos más nobles que dormitan en el corazón del hombre fuerte, el fatal poder de atracción de las cosas que encierran un misterio, el precio de las flores raras, de alturas inaccesibles.

El la conoció y condolido de su suerte dura, quiso aliviar la carga pesadísima que sus hombros pequeños soportaban. Averiguó con tino de mujer la causa de la pobreza en que vivían y trató de remediar el mal, tarea difícil, porque en su pobreza extrema conservaba cada uno de estos vástagos neuróticos de un pueblo decadente, el orgullo de su raza y descendencia. Más tarde se asoció á los ideales de la niña, los hizo suyos sin saberlo y sin saberlo empezó á modelar su vida según ellos. Todavía más; este hombre fuerte, que había paseado su talento y sus riquezas por capitales extranjeras y el propio suelo indiferente á las flores codiciadas de la fama y del poder, se sintió pequeño y pobre en presencia de esta creatura indescifrable, cuya sonrisa lenta y palabras de elogio y de entusiasmo llegó á considerar en adelante como amplio premio de sus esfuerzos, desvelos y sacrificios. Era que la amaba y el amor—no importa el objeto ó fin—purifica y ennoblece nuestro sér y nos hace levantar la cara á Dios.

Corrieron muchos años, llevándose al padre, que fué á dormir junto á la compañera de su vida; transformando á los niños en hombres y mujeres orgullosos de su vigor y hermosura, ávidos de aventuras y placer. Y á las travesuras inocentes de su infancia descuidada, siguieron las locuras salpicadas de vicios, de la edad inquieta de la vida. Algún tiempo vivieron juntos amándose mucho, perdonándose todo y luego se separaron para no verse más. Bajo el viejo techo, en la aldea abandonada, quedó Mara, agobiada por el peso de las deudas y compromisos contraídos por los demás, encadenado por el amor desinteresado de la pobre gente del lugar que se había acostumbrado á pedirle consejo en sus dificultades y consuelo en su dolor. Solo en la vieja casa, sin el padre que adorara, sin la Naña y sin hermanos, su vida fué dura y desolada. Trabajaba en labores todo el día en las noches, cuando el sueño huía de sus párpados, reconstruía su pasado y trazaba su porvenir. Después de mucho sondear su corazón, llegó á la curiosa conclusión de que jamás despertaría al amor y resolvió obsequiarse al hombre que la necesitaba para completar su vida. Así lo hizo: sin preámbulos se fué donde él, que vivía en ciudad lejana y le dijo que sería suya mientras la vida le durara. El sacrificio se consumó y el dolor de la mártir voluntaria quedó compensado á sus ojos de altruista, con la gloria de frutos que produjo: El hombre bebió inspiración y energía en los labios de la niña amada y surgió noble y generoso del abatimiento en que la conciencia de un amor—imposible porque era casado—lo había sumergido. Regenerado, fué el Idolo de la tierra que lo vio nacer. Es raro que llegara á serlo de ella también. . . Pero así pasó, y á medida que la pasión de la mujer crecía, crecía también su dolor, que se traducía en llanto, en silencio y timidez. El la vió palidecer, temblar en su presencia y ocultarse. Creyó que le inspiraba aversión y resolvió—ya que la sociedad mezquina en que vivía le impedía romper ese otro lazo—sustraerse de su vida y una tarde de invierno la llamó á su lado y con la suavidad posible, le dijo que no la necesitaba más, que acudiera á él, cada vez que buscara apoyo para sí ó para otras, que reconstruyera su vida, que lo olvidara, que fuera feliz.

Caen las sombras de esa misma tarde. Arriba la negra inmensidad de un cielo tempestivo, girones inquietos de negruzcas nubes, una otra estrella desténida. Allá en Oriente, sobre la cumbre nevada de la cordillera eterna, sombras fantásticas, misteriosas. En Occidente, entre las rocas ásperas bañadas por olas espumosas de airado mar, reflejos fugitivos de escarlata y oro. Acá, en el seno de la ciudad inmensa, tumulto y ruido atronador: babel de voces de multitud heterogénea, que se revuelve en tropel confuso; chirridos de carruajes crugidores; tamborileos de campanas de tranvías, que abortan en cada esquina parte

de la carga humana que arrastran con tanta pesadez; carteles pintorreados, arrimados á los troncos de los árboles sin hojas; vidrieras vistosas, brillo de plumas, felpa y pieles; chistes, bromas y risas alegres, perfumes de lilas, de rosas y jazmines, bajo los focos parpadeantes de las calles centrales, donde se pavonean los ricos, murmurios de rencor y descontento, harapos ásperos y sucios, olores de aguas estancadas, de frutas descompuestas, de ropas y empanadas en torno de los faroles que iluminan los arrabales, donde se arrastran los pobres; por todas partes anarquía completa y horrible de ruidos, olores y colores; de sentimientos, pensamientos é intenciones.

Envuelta en manto diáfano, entre la masa movediza que inunda la Alameda, avanza distraída una mujer por cuyo rostro delicado, parece que han pasado los dedos piadosos de la muerte: está tan quieto, tan descolorido... Sombras azules orlan los párpados de pesadas flecaduras, hondo surco de penas cruza la frente blanca, mueca amarga anida en los labios suaves. Sorda al bullicio que asciende á las alturas, insensible al frío, inconsciente de los que pasan á su lado, sigue su camino solitario bajo las ramas quejumbrosas, al través de la ciudad, hasta la puerta angosta de una casa muy modesta que se esconde en una de las callejuelas apartadas. Allí está todo solo, todo obscuro, todo silencioso. Nadie la espera; no hay quien vea su faz exangüe, su forma frágil, doblada bajo el peso de un dolor inmenso; nadie escucha su paso vacilante, ni el gemido que á intervalos se escapa de su pecho. Sólo las estrellas titilantes y la luna blanca y fría que sorprendieron á una figurita acurrucada en la ventana, durante las horas largas de aquella noche cruel, contemplaron la agonía—tantas veces por ellas contemplada—de una mujer destronada por su Idolo, Amor y Rey. Sólo el viento quejumbroso, que enredó las hebras negras sobre una frente humillada, oyó las quejas de un alma en que naufragaban ilusiones, esperanza y fe.

Y sin embargo, como las mujeres, seres complejos que el hombre no comprende todavía, perdonan y aman como el perro

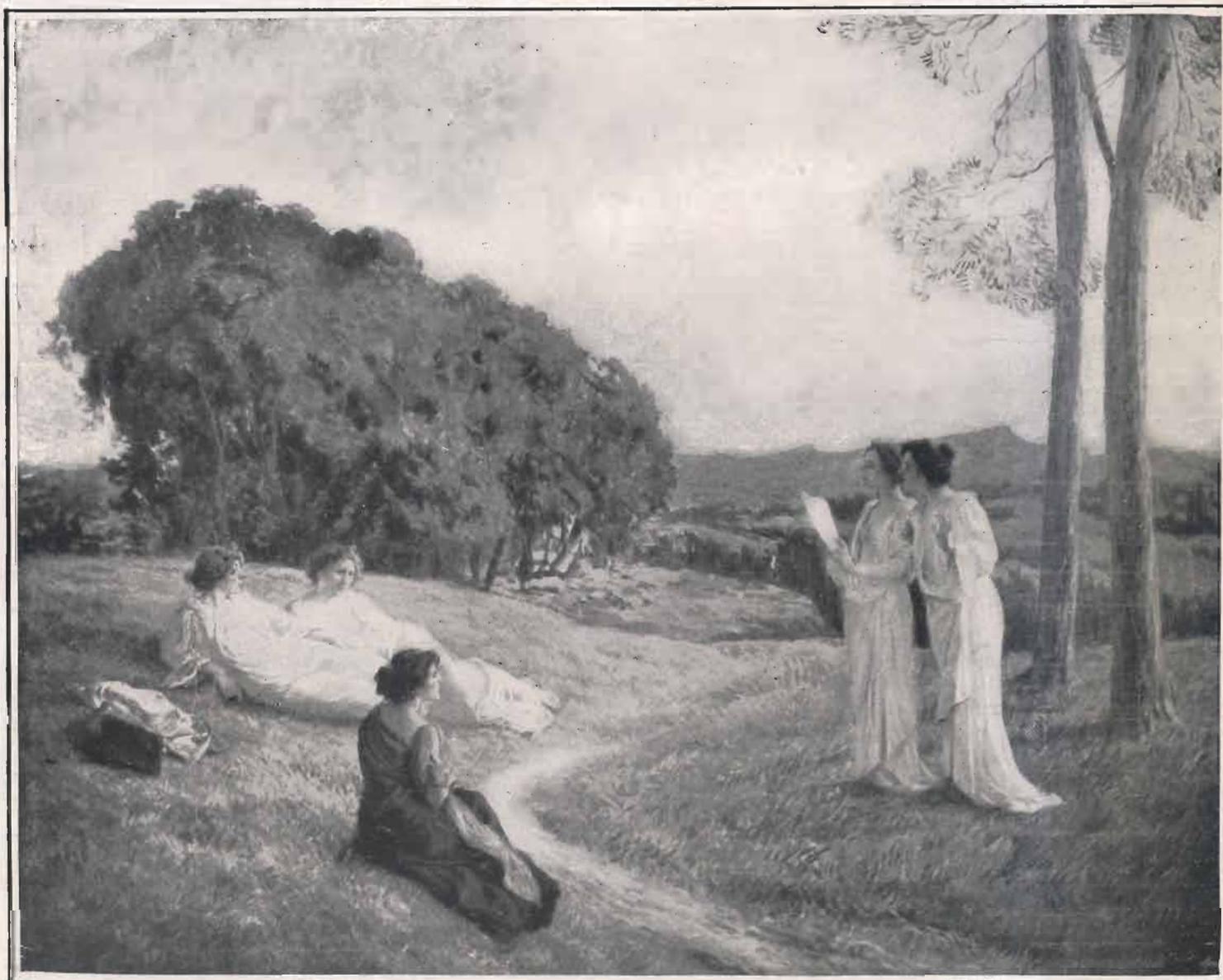
la mano que las hiere, la mujer de esta historia bendice la memoria del que la destierra de su vida y promete con labios temblorosos y ojos serenos vueltos hacia el sol del nuevo día, consagrar los años que le quedan á deponer en los altares del Idolo que adora todavía, acciones generosas que atestigüen su inmortal amor.

Jamás su promesa quebranta. Hoy vaga su mano blanca sobre frentes afebradas y ojos vidriados por la muerte; se oyen los acentos de su voz sobre tumbas olvidadas, á orillas de cunas toscas en burdeles miserables y en sitios donde impera el vicio. Siempre suave, siempre cariñosa, siempre lista á consolar y á alentar va por el mundo ingrato buscando alivio en el trabajo y escondiendo su dolor...

La noche avanza. Da la una el reloj de San Francisco: el eco del tañido solitario, hiende la opacidad del aire denso, flota en torno del viejo campanario y va á perderse, sollozando, entre las nubes del alquitrán que envuelven la ciudad.

Despiertan los moradores de otras torres frías y al poco rato se confunden en el silencio de la noche, las voces roncadas de San Vicente, Santo Domingo y la Catedral. En su cuarto silencioso, poblado de recuerdos dulci-dolorosos el Idolo va y viene entre las sombras vagas. Su paso es lento y fatigoso, sus hombros empiezan á gibarse bajo el peso de los años; hay canas en su barba y cabellera, y en su rostro altivo y contristado huellas que reflejan la lucha de un alma recta, la agonía de un corazón sensible y generoso en que empieza á extender su área cancerosa un remordimiento tardío. Ha perdido la conciencia de tiempo y de lugar. Sus ojos no ven en las tinieblas que lo envuelven más que una figura blanca de grácil forma; en sus oídos no resuena más que el eco suave y triste como susurro de hojas muertas barridas por racha invernal, el acento plañidero de la mujer que acaba de desterrar de su vida porque él es viejo y ella es joven y quiere, en su amor inmenso, que ella encuentre otro dueño más digno de su belleza, de su talento y juventud.

WINI



SOBRE LA COLINA

CUADRO DE H. LEROLLE



COSAS VIVIDAS

Hace mucho tiempo que guardo en mi cartera de viajes un recorte de periódico, en laconico y sobrio inglés. Y ya sea por la emoción primera que su lectura me produjo—emoción triste y original,—ó por el placer íntimo de guardar algo así como un secreto, no he querido hablar hasta hoy de lo que me sugirieron aquellas cortas líneas, cuyo objeto era solamente noticioso y comercial. Noticioso y comercial, como que iban encabezadas por el siguiente epígrafe: "300 at Bellevue Hospital Beg to sell Blood".



En el torbellino babilónico de la enorme Nueva York, capital de oro y capital de hierro, donde las energías de todo género se agitan en continua producción; en esa maravillosa ciudad de las columnas de hombres, con su "Wall-Street", donde se juega la suerte de millones de negocios mundiales; con su "Stock-Exchange" repleto de malabaristas del número; en la Nueva York del agua y del jabón, donde no encontraréis turbas descamisadas, porque diríase que hay una general convención en el vestir; en la ciudad orgullosa que palpita como el gran corazón del Norte y que parece poblada sólo por una élite adinerada, hay también, como en las viejas ciudades de Europa, ese reverso de hambre y de frío que se advierte bajo la sonora alegría de París ó tras la comfortable gravedad de Londres.

Los casos de mendicidad desesperada, de martirios y de sorda pobreza, son, naturalmente, menos numerosos en la urbe norteamericana, pero no menos dolorosos, ni menos dramáticos, ni menos conmovedores.

En aquel tiempo yo vivía en la gran ciudad, vinclado á sus negocios por una casa de drogas, á cuyo servicio adquirí una útil orientación comercial. Conocí, pues, y viví de cerca y de lleno, aquella vida múltiple y vertiginosa que deprime los nervios latinos y despierta esa virtud tan recomendable entre los sajones: "The ambition"; pero que por aplastante que sea, no apaga en ciertas almas el fuego divino.



Lectora espiritual, espiritual lectora,—toda corazón y toda bondad;—lector joven, aventurero y artista: os refiero este episodio

como para desahogar al corazón de una antigua y secreta angustia, de una ilusión irrealizada que embarga mis recuerdos todavía.

Una mañana de Enero, obscura y nevada, salía como de costumbre, á tomar el "sub-way", camino de la oficina. Entrando al subterráneo compré mi periódico. Llegué al tren, me senté y me puse á leer. Cables del extranjero, una huelga, un crimen descrito minuciosamente... y, en una esquina de la tercera planta, la siguiente noticia con el título á que ya me referí:

"John Dennison, el muchacho en quien se hizo el Sábado una transfusión de 16 onzas de sangre de un brazo de Mark Owens, fué diagnosticado favorablemente anoche".

"A propósito de la transfusión, un médico del hospital Bellevue dijo ayer que desde Octubre han desfilado 300 personas por el hospital, ofreciendo su sangre por pequeñas sumas de dinero" "Conozco dos casos,—dijo el doctor,—de personas que querían vender 5 onzas de su sangre por tres pesos, para comer".

Hay en la noticia otras cosas por el estilo; pero entre todas ellas, un párrafo que dice: "Se presentó también una bella joven rusa deseando vender muchas onzas de su sangre" "Ella quería dinero para continuar sus lecciones de violín..." "She wanted money to continue her violin lessons".

¿No es cierto que os llega á la imaginación la figura soñadora y frágil de la bella joven rusa, y que se siente angustia pensando en una hija de la estepe, desterrada y pobre y alocada por el arte?—Debió ser alta y rubia, de manos largas, vibrante y finas, de ojos grandes y llenos de azul melancolía... En su lírica obsesión,—desamparada, anónima y miserable.—pensó más bien en abrirse las venas y vender su sangre, que en alquilar su carne fresca y noble.



Hace mucho tiempo que guardo la noticia en mi cartera de viajes, pensando siempre en escribir algo y consolar así lo que pudiera llamarse mi pena romántica.

Cuando leí el suelto, hubiera querido partir mi pan con aquella desconocida y fraternal compañera de exilio,—artista y buena.—Fuí al hospital; pregunté por ella, por su dirección. Nada obtuve. Me dijeron sólo que no le habían comprado la sangre porque "una persona hambrienta no es propia para tal objeto". "A person suffering from hunger is no subject for that purpose..."

FOREIGN



Como se obtiene un hermoso Pecho

¿Quiere Ud poseer un busto de formas opulentas y afanas, un seno firme y lleno sin exceso, y una graciosa lozanía?
Tome Ud las **PILULES ORIENTALES**. En algunas semanas su busto se desarrollará y se pondrá firme desaparecerán las sobresalidas osudas, los huecos se colmarán, y su busto no tendrá ya nada que envidiar al de sus amigas más favorecidas por la Naturaleza.

He aquí lo que escribe la señora Emilia R. de Roubaix:
"Muy señor mío: Acabo de hacer uso de las **PILULES ORIENTALES** para la reconstitución del busto y debo expresarle mi gozo tan grande, pues que ya tengo el busto perfecto que yo deseaba. Está sorprendente y sin embargo está exacto."
Y la señorita María F. Plaza del Archevêché á Tours:
"Hasta hoy tengo razón para declararme muy satisfecha por el excelente resultado producido por las **PILULES ORIENTALES** y tengo gusto en darle mis gracias y atestiguarle mi admiración profunda por un producto tan maravilloso."
Las **PILULES ORIENTALES** son siempre bienhechoras para la salud y son eficaces para las muchachas cuyo desarrollo está retrasado como para la mujer cuyo busto carece de volumen ó de firmeza. La cura es fácil al ser seguida, en secreto produce un resultado durable en cerca de dos meses solamente.

Un frasco con instrucciones á Paris 6 fr. 35.—De venta: J. Ratié, Pharmacien 5 Passage Verdeau, Paris.—En Santiago: Max Mengin y Cía. En Valparaíso: Daube y Cía. y en todas las buenas Farmacias y Droguerías. Exigir sobre las cajitas el sello francés de la "Union des Fabricants".

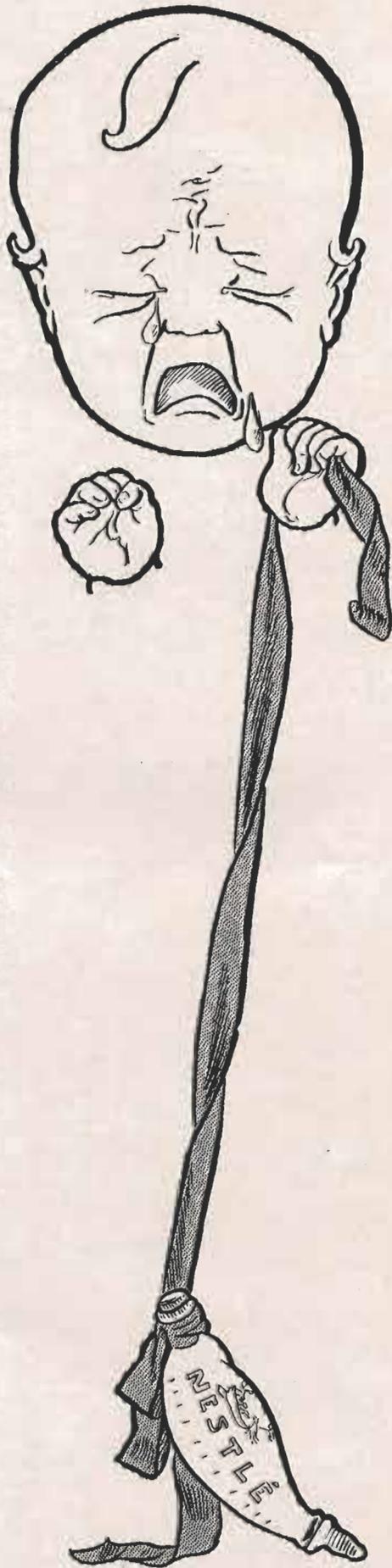
Pida Ud. sus

Artículos Fotográficos

á Hans Frey

VALPARAISO

Tempestad



Buen tiempo fijo



Harina Lacteada Nestlé

VINOLIA

Jabones y Perfumes.



Las personas cuidadosas de su cutis usan el jabón VINOLIA con absoluta confianza pues saben que es el mas conveniente para una tez delicada.

REUMATISMO, GOTA, MAL DE PIEDRA

CURADOS POR LAS

Sales de Litina

EFFERVESCENTE

LE PERDRIEL

Superior á todos los demas disolventes del Acido úrico :: :: ::



DE VENTA EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS Y DROGUERIAS

SEDLITZ

Charles CHANTEAUD
de PARIS

El Mejor de los Purgantes

Depósito en todas las Buenas Boticas



CRÈME SIMON

La Gran Marca de las Cremas de Belleza.

Inventada en 1860, es la más antigua y queda superior á todas las imitaciones que su éxito ha hecho aparecer.

POLVO DE ARROZ SIMON
SIN BISMUTO

JABÓN Á LA CRÈME SIMON

Exijase la Marca de Fábrica: J. SIMON - PARIS.

L. LEGRAND
Parfumeur
Paris



Pedir los exquisitos perfumes:

Violette Comme il faut
Reve d'Ossian
Jardin d'Armide
Inspiration
Apothéose, etc.

De venta en las principales Farmacias y Perfumerías

